Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original:

La Republica nobiliaria polaca frente a America - opiniones y contactos

Author(s)/ autor(es):

Janusz Tazbir

Published originally as/ Publicado originalmente en:
Estudios Latinoamericanos, 13 (1990), pp. 61-144

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios1990.v13.art2>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

La República nobiliaria polaca frente a América: opiniones y contactos.

Janusz Tazbir

Sabemos ya bastante sobre la influencia que ejerció el descubrimiento de América en las transformaciones económicas de la Europa de la Edad moderna. Sabemos algo menos acerca de la imagen que de la denominada India Occidental, continente y sus habitantes, tenían los europeos de aquella época. En el curso de los últimos veinte años estuvieron dedicados a este problema, entre otros, profundos estudios de B. Keen (*The Aztec Image in Western Thought*, New Brunswick- New Jersey 1971), S. Landucci (*I filosofi e i selvaggi*, Bri 1972) y de A. Gerbi (*La natura delle Indie Nove*, Milano-Napoli 1976), así como un trabajo colectivo, de dos volúmenes, bajo la redacción de F. Chiapelli: *First images of America. The impact of the New on the World on the Old* (Berkeley-Los Angeles 1976). De los trabajos de menor envergadura, pero no faltos de ambiciones sintetizadoras, merecen especial atención sobre todo dos: de J. H. Elliot: *The Old World and the New, 1492—1650* (Cambridge 1970) y de T. Todov: *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre* (Paris 1982).

Los trabajos arriba mencionados tienen su campo de su estudio limitado a la Europa Occidental¹. Este es un rasgo común de todos los trabajos de síntesis, basado en este caso en la convicción de que los habitantes de territorios distantes de la rutas de los grandes descubrimientos no tomaron parte en ellos ni demostraron interés alguno por las tierras y las gentes que se había llegado a conocer

Janusz Tazbir — Instituto de Historia, Academia de Ciencias de Polonia, Rynek St. Miasta 29/31, Varsovia.

1. La única excepción es el artículo de P. W. Knoll: *Echos of the New World in the International Rivalries of East Central Europe*, publicado en la ya mencionada colección: *First Images of America*.

„América o Nuevo Amsterdam”. Grabado en cobre del siglo XVII de Jeremiasz Falck.
(Colección del Museo Nacional en Cracovia)

a consecuencia de la conquista de América. Por otro lado, las historiografías polaca, checa, húngara, rumana o soviética se ocupan del problema desde hace apenas un cuarto de siglo, publicando, aparte de trabajos más voluminosos², numerosos artículos, estudios o, finalmente, comentarios. La mayoría de estas obras fueron publicadas en la lengua de su autor. De los trabajos publicados en idiomas de uso aceptado en los congresos merece mencionarse, sobre todo, el primer artículo de este tipo de E. Iglói: *Die ersten polnischen, ungarischen und russischen über die Entdeckung Americas* «Slavica», vol. 4, 1964). Otros trabajos de similar carácter empezaron a publicarse en revistas anuales, como p.ej. en la editada desde 1967, en lengua portuguesa y española en Praga, revista «Ibero-Americana Pragensia», y en «Estudios Latinoamericanos» editados en Varsovia desde 1972. También conciernen a los países de la Europa central y oriental los estudios de O. Kaspar: *Repercusion de los primeros contactos entre Nuevo Mundo y Europa central* («Archiv orientalni». Quarterly Journal of African, Asian and Latin American Studies Nº 3/47/1979), de F. Svejkský: *Three Centuries of America in Czech Literature, 1508–1818* (en: *East Central European Perception of Early America*, edit. B. Király y B. Barany, Lisse 1977) y de J. Tazbír: *Los conquistadores en opinión de los polacos de los siglos XVI–XVIII*, así como *La crítica del dominio español en América* («Ibero-America Pragensia», III, 1969 y XII, 1978).

En el título de este artículo se menciona a habitantes de la República nobiliaria polaca, definitivamente formada a efectos de la unión de Lublín (1569) que constituía de Polonia y el Gran Ducado de Lituania un estable organismo estatal. Recordemos que aquellas tierras eran habitadas no solamente por polacos y lituanos, sino también por rutenos (más tarde se les iba a dar nombre de ucranianos) y alemanes, asentados, principalmente, en la denominada región de la Prusia Real. La situación geográfica de dicha región (el acceso directo al mar) y la significación de la ciudad de Gdańsk, el mayor puerto de la República, hicieron que el interés

2. Recientemente ha sido publicado el libro de P. Cernovodeanu e I. Stanciu: *Imaginea Lumii Noi în tarile Române si primele lor relatii cu Statele Unite ale Americi pînă în 1859*, Bucuresti 1977, dedicado principalmente a los contactos de Transilvania con América. Comparese también J. Tazbír: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], Warszawa 1969, así como R. Wróblewski: *Znajomość Ameryki w Polsce okresu Odrodzenia* [Conocimiento de América en la Polonia de la época renacentista], Warszawa 1977.

más vivo y temprano por las Américas surgiese precisamente en este territorio. Fue también allí donde en 1497 se editó la traducción alemana de *Epistola de insulis nuper inventiis* de Cristóbal Colón, de 1493. Justamente en el Colegio de Gdańsk se aludió a Las Casas (en un conferencia de Bartłomiej Keckerman, de 1606). Al ciudadano de Gdańsk, Jeremiasz Falck, le debemos dos alegorías de América, las únicas en la iconografía polaca de siglo XVII; al impresor y botánico, Jakub Breyn, por su lado, le debemos un libro (1678) que ofrece una detallada característica de plantas que crecen en ese continente³.

No obstante, nos hemos adelantado bastante, mientras habría que empezar por la Academia de Cracovia cuyos profesores ya a comienzos del siglo XVI hacían referencia a las Américas. Así pues Jan de Głogów menciona el nuevo continente en uno de sus manuscritos astronómicos de 1501. Lo hace, hay que reconocerlo, de una manera tan lacónica y confusa que algunos investigadores se inclinan a relacionar esta nota con los descubrimientos de los portugueses en la India. La mayoría, no obstante, opina que dicha información concierne a la expedición de Cabral, 1500–1501, quien, casualmente, logró descubrir Brasil. Supuestamente Jan de Głogów había utilizado la obra de Zacarías Lilio, *Orbis Breviarium*, en que aparecía la primera alusión a las Américas. Esta obra la poseía en su biblioteca otro profesor cracoviano. Maciej de Miechów, quien había traído la última edición de la misma (Venecia, 1500–aprox.). En un tratado dedicado a la Sarmacia (así se solía llamar en aquel entonces una parte de la Europa centro-oriental) de ese mismo autor, editada en 1517, leemos que a los polacos les correspondía el mismo papel que a los portugueses en los países de ultramar. «Que todos abran los ojos a la parte septentrional del mundo con los pueblos que habitan las costas de Océano del Norte y más allá, hacia a Este, a la que abrió el camino con sus armas y sus conquistas el rey polaco»⁴.

Cinco años antes que e *Tractatus de duabus Sarmatiis* había hecho su aparición *Introductio in Ptolemai Cosmographiam* de Jan de Stobnica.

3. Compárese J. Tazbir: *Zainteresowanie Nowym Światem w miastach Prus Królewskich w XVI–XVIII w.* [El interés por el Nuevo Mundo en las ciudades de la Prusia Real en los siglos XVI–XVIII], en «Zapiski historyczne», vol. 25-1970, c. 3–4, pp. 33 y 36–37.

4. Maciej de Miechowa: *Opis Sarmacji azjatyckiej i europejskiej* [Description de la sarmacia asiática y la europea], Wrocław 1972, p. 22.

En dicho trabajo leemos que fue Vespucci el que descubrió «la nueva tierra», llamada, por el nombre de éste, América, (aquella fue la primera vez que se mencionó ese nombre en Polonia). El profesor cracoviano también hacía referencia al descubrimiento de numerosas islas en el océano occidental, oriental y meridional; por estas últimas entendía, con más probabilidad, Brasil que en aquella época se tomaba por un archipiélago.

En cambio, Jan de Stobnica no dice nada de Colón a quien, por otro lado, tampoco en Occidente se le consideraba como descubridor de América. Hasta mediados del siglo XVI también otros autores polacos atribuían todo el mérito a Vespucci. Así, justamente, hizo Copérnico; en *De revolutionibus orbium coelestium* leemos que las islas recientemente descubiertas, sobre todo América, fueron llamadas así «por el nombre de almirante que las había descubierto». No obstante un lector atento de *Kronika wszystkiego świata* [*Crónica del mundo entero*] de Marcin Bielski no puede tener dudas. A pesar de que en la primera edición de esta obra Bielski hizo de Colón un veneciano enviado a conquistar tierras nuevas por el rey de Portugal, Emanuel I, en la edición siguiente (1554) el cronista ofreció informaciones bastante detalladas y correctas sobre las sucesivas expediciones del gran genovés. Los descubridores que le siguieron fueron tratados como sus émulos. Bielski escribe, sin embargo, con ingenuidad que Vespucci había sido llamado Amerykus «por la enorme isla de América, tan grande que puede contarse por cuarta parte del mundo, que descubrió»⁵.

A partir de entonces los dos grandes navegantes habrían de rivalizar por el título de descubridor. En 1620 el profesor Jan Brozek, de la Academia de Cracovia, se lamentaba de la injusticia del sino que hizo que la recientemente concida parte de mundo no fuese llamada con el nombre de su descubridor, en vista de lo cual proponía darle el nombre de Columbina. El cronista Paweł Piasecki, a pesar de que reconoce en Colón al descubridor de las tierras del Nuevo Mundo, reduce sus méritos a la exploración por los europeos de las islas de Cuba, Jamaica y Santo Domingo, o sea de la Hispaniola. En cambio, Amérigo Vespucci procuró «llegar a la misma tierra firme, llamada posteriormente América, por su nombre». También el

5. M. Bielski: *Kronika wszystkiego świata* [*Crónica del mundo entero*], Kraków 1564, hoja 446, verso.

autor de un manual de geografía escrito en la Universidad de Cracovia, Jan Stanisław Formankowicz, trataba por iguales los méritos de ambos navegantes⁶.

Aparte de la obra del propio Bielski, los otros libros que acabamos de enumerar ofrecían tan sólo «migajas» de informaciones sobre América. Informaciones más amplias sobre el continente recién descubierto se las podía encontrar en obras, editadas normalmente en latín, de tales autores como: Martín Waldseemüller, Simón Grynaeus, Sebastián Münster, Pedro Mártir y más tarde de José Acosta, Jean de Lery y Hernández Oviedo. El hecho de que se poseyesen tales libros se ve corroborado por los inventarios de las bibliotecas pertenecientes, sobre todo, a profesores de la Academia de Cracovia. Apostillas en los márgenes y, relativamente numerosas, referencias a dichos libros en textos impresos demuestran que éstas eran unas obras leídas, al menos en ciertos círculos. En aun mayor grado tal afirmación es válida en cuanto a los relatos sobre las expediciones y los descubrimientos posteriores que se imprimían en Europa occidental paralelamente a aquéllos en forma de libelos. Vale la pena recordar que los primeros textos en el continente europeo sobre el descubrimiento de América los imprimió en Sevilla el tipógrafo de la corte de la reina Isabel I de Castilla, Stanisław Polak. Su práctica profesional la inició en Cracovia a finales del siglo XV. El equipo de tipografía de la imprenta de S. Polonus (pues así siempre firmaba) fueron, tiempo más tarde, traspasados a la imprenta creada en 1539 en México y a la que dembos los primeros libros editados en América.

Afluía asimismo a Polonia la correspondencia de nuestros diplomáticos, comerciantes, estudiantes y turistas que viajaban por Italia, Francia, Países Bajos y sobre todo por la Península Ibérica. Entre ellos una nota aparte la merece Jan Dantyszek quien durante siete años (1524–1531) estuvo como embajador polaco ante la corte española⁷. Fue también allí donde conoció Dantyszek a Cortés después de que este volviese a la patria, ya en calidad de conquistador de México. Los contactos entablados en aquel entonces se prolongaron durante

6. J. Tazbir: *Christopher Columbus in Early Polish Literature*, «Acta Poloniae Historica», vol. 25: 1972, p. 115.

7. Compárese A. Paz y Meilía: *El embajador polaco Juan Dantisco en la corte de Carlos I*, «Boletín de la Academia Española», XI–XII (1924–1925), pp. 73–93.

muchos años y continuaron hasta después del regreso de Dantyszek a Polonia. Ello o testimonia una carta del conquistador, escrita el 4 de agosto de 1531, en México. En dicha carta Cortés felicitaba al destinatario por su reciente nombramiento a la dignidad de obispo de Chelmino; al informar a Dantyszek que tenía pensados nuevos descubrimientos se lamentaba asimismo Cortés de que disminuyese el interés por los mismos, desplazado a un segundo plano por el cultivo de la tierra. La carta de la que los estudiosos tenían conocimiento desde hace medio siglo fue publicada apenas en 1970 (el original y la traducción al polaco⁸). La carta tiene interés principalmente por dos razones: siendo la primera carta de las Américas recibida por un ciudadano polaco que conocemos y una de las pocas cartas de Cortés conservadas hasta nuestros días (en total las cartas que se han conservado son algo más de diez, escritas, casi exclusivamente, al emperador Carlos V).

Se perdió, en cambio, otra carta de Cortés a Dantyszek, escrita en Hispaniola, y menos agradable para el destinatario puesto que en la misma Cortés, recordando las francachelas que habían tenido junto con Dantyszek en Madrid, le reclamaba a éste la devolución del dinero que a había prestado en aquella ocasión. Tampoco se han conservado tres «comentarios» sobre los descubrimientos y las conquistas ultramarinas de los españoles y portugueses, enviados por Dantyszek desde la Península a la patria⁹. Dichos informes los podía elaborar a base de la correspondencia que recibía de sus amigos; según se desprende de las cartas conservadas, la misma concernía, entre otros, a la conquista española del Perú. Las cuestiones americanas están asimismo presentes en cartas de otros emisarios polacos en la corte española. En su mayoría éstos eran sacerdotes que seguían muy de cerca los progresos de catolicismo en el otro hemisferio; revestía también importancia el hecho de que hubiese promesas de pagar la deuda contraída por la corona española con Polonia (las denominadas sumas napolitanas) en tanto llegasen partidas más importantes de oro de la India Occidental. Los estrechos contactos de Dantyszek con el conquistador español

8. K. Niklewicz — J. Tazbir: *List Ferdynanda Cortesa do Jana Dantyszka z 1531 r.* [Carta de H. Cortés a Jan Dantyszek del año de 1531], «Zapiski historyczne», vol. 35: 1970, c. 3–4, pp. 111–114.

9. J. Tazbir: *La découverte de l'Amérique dans la conscience polonaise aux XVI^e–XVII^e siècles* «Rinascimento», anno XXIV: dicembre 1974, pp. 183–184.

debían de concebirse bien en Polonia, si Krzysztof Szydlowiecki ya en 1529 pedía al diplomático polaco que le enviara, como regalo, a por lo menos un indio de la isla (¡sic!) recién descubierta por Cortés. No sabemos nada de si viese satisfecha la pretición del magnate polaco. Según parece en los territorios de la República nobiliaria nunca apareció ninguno de los habitantes indígenas de América. Así pues, mientras en las cortes señoriales se podía ver, de vez en cuando, a negros, a indios sólo los podrían ver aquellos polacos quienes en los siglos XVI—XVII llegasen al otro hemisferio. No obstante, en total no eran muchos.

El supuesto descubrimiento de América por Jan de Kolno de quien se decía que en 1476 había desembarcado en las costas del Labrador por encargo de rey danés ha resultado ser una ficción carente de cualquier base en las fuentes históricas. El presunto descubridor de América no tuvo nada que ver ni con Polonia, ni con Kolno. La más probable es que fuera un noruego llamado Skolp¹⁰. Parece que también hay que tratar como una leyenda la participación de un polaco (Franciszek Wardanowicz) en las primeras expediciones de Cristóbal Colón. Tampoco mantuvo contactos estrechos con Polonia, si se prescinde del lugar de su nacimiento, el célebre judío portugués, Gaspar da Gama, llamado también Gaspar da India (n. 1455; ?-m. después de 1510). Nació en la ciudad de Poznań y abandonó esta ciudad muy joven, con sus padres. En un principio permaneció en Palestina y Egipto para trasladarse más tarde, por el año 1470, a la India. Al coincidir allí con la expedición de Vasco da Gama en 1498, le prestó grandes servicios como traductor y persona que conocía a la perfección las relaciones locales. En el bautismo que recibió la fue puesto el nombre del jefe de la expedición, quien posiblemente fuera su padrino. Gaspar da Gama participó también en la expedición de Pedro Álvares Cabral que logró, por casualidad, descubrir Brasil en 1500. Más tarde estuvo en la India; sus informes los vinieron utilizando en todo el siglo XVI, y aun más tarde, los geógrafos y los cartógrafos europeos. Sin embargo, a Polonia estos informes no llegaron.

Algunos nombres de origen eslavo-polaco (p. ej. Przebicius, Stanislaus, Ochendorco, Jarzeki) encontramos también en los registros de

10. Compárese J. Pertek: *Poles on the High Seas*, Wrocław 1978, pp. 23—25.

las tripulaciones de los barcos que navegaban a América del Sur. A finales del siglo XVI los comerciantes de Gdańsk realizaron dos viajes a América en sus barcos. A comienzos del siglo siguiente entre los colonistas en Virginia (terrenos, de dominio inglés) había también habitantes de la República nobiliaria. Estos eran, principalmente, artesanos especializados en la fabricación de brea, alquitrán, potasa, duela, o sea en la industria maderera. Este era el motivo por el que se guiaba la Compañía de Virginia al traer a especialistas, generalmente de Polonia y Suecia. En la segunda mitad del siglo XVII los emigrantes confesionales polacos (entre ellos — socinianos) se afincaban en Nueva España, perteneciente en aquella época a los Países Bajos (principalmente en Nueva Amsterdam, la posterior Nueva York).

En los dominios holandeses los polacos habían aparecido mucho antes; en la primera mitad de siglo XVII encontramos a muchos en Brasil. Desde 1629 Krzysztof Arciszewski (1592 — 1656), capitán de la infantería holandesa, luchó allí contra Portugal. Gracias a los sucesivos ascensos llegó al grado de general de artillería y almirante de marina de Brasil. No obstante, al no poder conformarse con la política de sus superiores abandonó el servicio y regresó a Europa en 1639. También Zygmunt Szkop, un subalterno de Arciszewski hizo una gran carrera. Tras una serie de éxitos militares fue ascendido al grado de coronel y en 1646 fue designado gobernador de los territorios holandeses en Brasil.

La mayoría de los arriba mencionados son representantes de diferentes orientaciones de la Reforma (Arciszewski provenía de una conocida familia sociniana de la Gran Polonia, región de Poznań — nota del traductor). Los polacos, incluso los católicos, no se afincaban en tierras de España que no dejaba entrar en ellas tampoco a misionero de otras nacionalidades. Por ello no encontramos entre ellos a jesuitas polacos. Sin embargo, es sabido que las prohibiciones existentes se las esquivaba poniendo a los miembros de la orden un nombre latino, o bien, utilizando exclusivamente el nombre conventual, se puede suponer que algunos polacos también llegaron a América Latina.

La emigración al otro hemisferio no dejó tras sí muchas fuentes históricas. Los pocos emigrantes no escribían muchas cartas mientras las que llegaban a la patria eran conocidas de tan sólo

la familia más cercana; mencionemos a este propósito la correspondencia con el país de Krzysztof Arciszewski, o bien la carta de su subalterno, Władysław Wituski, escrita en 1643 en Brasil y enviada a Polonia. A ninguno de los ciudadanos de la República nobiliaria, residentes en el Nuevo Mundo, se le ocurrió publicar relatos de ese continente. La carta de Krzysztof Arciszewski en que describe los ritos funerarios de la tribu brasileña de los Tupayos quienes comían los despojos de sus muertos, fue publicada sólo por haber sido enviada al científico holandés, Gerhard Vossius quien la insertó en su obra *De theologia gentili* (1648). Ante esta situación aquellos polacos que no hablaban idiomas tenían que recurrir a las compilaciones mal hechas, o bien, a traducciones no muy frecuentes. Una de las clásicas compilaciones fue *Kronika wszystkiego świata* [*Crónica del mundo entero*] de Marcin Bielski quien fue el primero en relatar tan extensamente, en polaco, los resultados de los grandes descubrimientos geográficos, completando las informaciones en cada edición siguiente de su obra (1551, 1554, 1564). En la edición de 1554 un libro aparte trataba sobre «las islas ultramarinas, recientemente descubiertas que pueden ser denominadas como el Nuevo Mundo ya que no los conocían ni los comerciantes ni los astrónomos antiguos». La principal fuente de información de Bielski sobre las partes del mundo recién descubiertas era *Novus orbis* de Grynaeus (1532) y la *Cosmographia* de Münster (1544). A través De la *Kronika wszystkiego świata* el lector polaco se enteraba no solamente de cómo habían transcurrido las expediciones de Colón, Martín Alonso Pinzón, Vespucci, Ludovico di Vertnem y de otros navegantes, sino también de cómo eran las gentes y las tierras que habían descubierto.

A comienzos del siglo XVII la obra de Bielski quedó sustituida por la traducción polaca de *Relazioni universali* del jesuita italiano, Giovanni Botero¹¹. El libro, titulado en versión polaca (Cracovia, 1609) *Relatie powszechne* [*Relatie universales*] despertó un interés tan grande que pronto fue publicada una segunda edición (1613). La tercera edición editada en 1659 tenía un título bien barroco: *Theatrum świata wszystkiego* [*Theatrum del mundo entero*]. En Polonia este fue el primer libro sobre la geografía universal, editado

11. Compárese R. Romeo: *Le scoperte americane nella coscienza italiana el Cinquecento* Milano-Napoli 1954, p. 93 y siguientes.

como publicación independiente, y que recogía, entre otros, los resultados de los grandes descubrimientos. En las introducciones a las respectivas partes de la obra el traductor, Paweł Łeczycki, informaba al lector polaco sobre el desarrollo de las respectivas expediciones de un modo que demostraba un conocimiento perfecto de la literatura relativa a esta cuestión. Hasta la mitad del siglo siguiente Botero continuó siendo para el lector polaco la principal fuente de información sobre América a la cual estaba dedicada la Vª parte de *Relazioni*.

No obstante, no son los cronistas o geógrafos sino la Iglesia la que el mayor mérito tiene en la difusión de conocimientos generales sobre América. La justa constatación de Francisco Dainville, insigne estudioso de la historia de la geografía renacentista, de que América se la iba conociendo en gran medida «al margen de la lectura de los libros sagrados»¹² se ve también confirmada por el material polaco. A través de la Iglesia se conseguían informaciones muy generales y poco exactas, pero las únicas accesibles para quienes no conocían lenguas forasteras ni hacían viajes al extranjero. El atlas del mundo se convertía poco a poco en un mapa de las conquistas misioneras de la Iglesia en que América ocupaba uno de los principales lugares. Al Nuevo Mundo se aludía tanto en los bosequejos generales de la historia de esta institución¹³, como desde los pulpitos o bien en los relatos de las misiones llevadas entre los indios. Los que más se preciaban de las mismas eran los franciscanos y los dominicos, órdenes cuyos miembros estaban a la cabeza de la empresa misionera de la Iglesia (merece la pena recordar que ya en la crónica de franciscano polaco, fray Jan de Komorow encontramos una nota concerniente a la propagación de la fe cristiana en el Nuevo Mundo, fechada en 1520). Ante una visible irritación de las dos órdenes arriba mencionadas con aun más frecuencia relataban sus éxitos en América los jesuitas, a pesar de haber aparecido en aquellas tierras mucho más tarde que los seguidores de San Domingo y San Francisco.

Aparte de informes eacritos, destinados tan sólo al general de la orden, los miembros de la Compañía de Jesús publicaban «cartas» dirigidas

12. F. de Dainville: *La géographie des humanistes*, Paris 1940, p. 55 y siguientes.

13. Compárese p.ej. A. Bzowski: *Annales ecclesiastici*, vol. XIX, Coloniae Agrippinae 1630, pp. 729 – 730, vol. XX, Coloniae Agrippinae 1640, p. 249 y siguientes.

a un público más amplio. En dichos relatos se escribía no solamente sobre las cuestiones religiosas, sino también sobre el clima, las costumbres de los indígenas, flora y fauna. Algunas de estas cartas fueron traducidas al polaco, como, pongamos por caso, el trabajo de Juan Torres *O rozszerzeniu wiary świętej chrześcijańskiej [...] w Królestwie Peru* [Sobre la propagación de la sagrada fe cristiana en el Reino de Perú] (Cracovia 1603). También en la literatura hagiográfica encontramos alusiones a América. Los jesuitas al escribir sobre San Estanislao de Kostka mencionaban (tal y como lo había hecho Piotr Skarga en *Żywoty Świętych* [Vidas de los Santos] su culto en Brasil, México y América del Sur. Lo mismo hacían los dominicos escribiendo la historia de la vida del fundador de su orden y en los libros consagrados a San Jacinto Odrowaz cuyo culto propagaban en Canadá. De manera similar, en *La vida de [...] San Juan de Dios* (1690), fundador de la orden de los Hermanos hospitalarios, obra escrita por Antonio Govea, encontramos informaciones sobre las actividades caritativas de los dominicos en América Latina (p.ej. en el Perú). Por otro lado, también a Polonia llegaron noticias sobre los primeros santos americanos, tales como Santa Rosa de Lima o San Luis Beltrán de Colombia. Los alumnos podían también aprender sobre los indios del manual *Cultura ingeniorum*, escrito por Antoni Possewin especialmente para los seminarios alemanes y polacos. En dicho libro se podían encontrar informaciones sobre las costumbres de los habitantes indígenas de América y una lista de tratados sobre las expediciones marítimas.

La propaganda visual era pareja a los textos impresos. En las tablas del teatro jesuita se representaban entonces obras sobre la difusión del catolicismo, p.ej., entre los indios así como los méritos y la muerte de misioneros, activos, entre otros, en América. Para incitar a los alumnos a participar en las misiones, en las colegiadas se exhibían grabados que recogían escenas de bautizo de paganos o de la vida de santos que habían actuado en otros continentes. En la mayoría de los casos era San Francisco Javier, representado, casi por regla general, en compañía de fieles de piel roja o negra. Jan Brożek, crítico con la Orden, se burlaba de lo que él llamaba «la pretensión de inflar» los corazones de los alumnos con las perspectivas de la futura gloria diciéndoles: «Serás luego un apóstol del Nuevo

Mundo»¹⁴. También los protestantes polacos cuestionaban el valor de las conversiones masivas que se producían, según sostenían, por la fuerza. Ello daba pie a unas avivadas polémicas confesionales lo cual también contribuía a la propagación de conocimientos sobre América.

Unas menciones esporádicas, y a veces breves, de América podemos encontrarlas en casi todos los géneros de la temprana literatura polaca. Un relato bastante amplio sobre las travesías realizadas por Colón, Vespucci y muchos otros navegantes y descubridores podemos hallarlo, incluso con una cierta extrañeza, en el tratado filosófico *Prymander Mercurii, Liber V de Elementia et descriptione totius orbis* (Cracovia 1586), escrito por el franciscano Hannibal Rosseli. Los textos de propaganda en el período de la intervención polaca en Rusia (1604–1618), ponían de ejemplo ante los que tomaban parte en la expedición a los conquistadores españoles quienes habían sabido dominar enormes territorios americanos. A América se aludía también en panegíricos sobre soberanos o caudillos. Así, p.ej., Samuel Leszczyński haciendo alabanzas de la victoria de los hётmanes polacos de 1674, comparaba su gloria con la que se habían deparado los grandes descubridores, tales como Colón, «los Magallanes» o «los Drackies ingleses»¹⁵.

Los botánicos, por su parte, iban incluyendo paulatinamente en sus herbarios las plantas conocidas en el otro hemisferio. Las mismas fueron descritas por el ya mencionado Jacob Breyne: viajando por los Países Bajos y visitando sus jardines no podía aclararse «si había sido trasladado a la India, o bien a América». Los frutos de sus observaciones los recogió Breyne en una obra de varios volúmenes en que se describían plantas provenientes de diferentes partes del mundo. En 1678 se publicó su obra *Exoticarum aliarumque minus cognitarum plantarum, centuria prima*, que además de texto contenía un álbum con 101 grabados ejecutados por los maestros de Gdańsk. En 1680 y 1689, respectivamente, fueron publicadas las siguientes partes de esta obra, no obstante, ya con muchas menos ilustraciones.

14. J. Tazbir: *La découverte*, p. 205–206.

15. S. Leszczyński: *Classicum nieśmiertelnej sławy [...] wódzów koronnych i Wielkiego Księstwa Litewskiego... [Libro de la gloria inmortal (...) de los caudillos de la Corona de Polonia y del Gran Ducado de Lituania]*, Kraków 1674.

No solamente la geografía, sino también la botánica se había convertido en una ciencia auxiliar de la teología. La verdad de la fe la debían de confirmar hasta las plantas exóticas como por ejemplo la peruana flor de grandillo con una minúscula picota y la corona de espinas dentro, mientras que en el fruto, «llamado por los españoles „platanus”», cortado, se podía ver no solamente la cruz, sino también a Cristo clavado a la misma. Esta trama la desarrollaban con gusto, y basándose en diferentes ejemplos, diversos polemistas religiosos y escritores teólogos¹⁶. Los estudiosos tenían, por o general, menos comprensión para la «botánica mística», mientras los medios heterodoxos cuyo representante era también Breyne trataban con ironía estas disertaciones.

América era también un punto de interés de los venerólogos de la época quienes veían en ella la patria de la tan peligrosa para los europeos enfermedad. A la pregunta, que hasta hoy día interesa a los historiadores de medicina, de si la sífilis había aparecido en nuestro continente después de 1492 se contestaba de una manera que no admitía dudas. El primer venerólogo polaco, Wojciech Oczko, escribía que esta enfermedad la habían traído a Europa españoles «de la India que en Occidente se suele llamar Nuevo Mundo, en aquellos navíos en que retornó „Kolumbus”, el noble caballero, al descubrir esas tierras». Dicha información la apostilló con malicia Oczko, diciendo que habría sido más oportuno traer alguna otra rereza americana, si bien ésta también se ha ganado una gran fama¹⁷. Asimismo Sebastián Petrycy de Pilsen, profesor de la Academia de Cracovia, en su estudio dedicado a la sífilis escribía que en 1493 la enfermedad había llegado de América a Europa. Los indios habían contagiado a los descubridores y como la enfermedad se propagaba como la viruela los españoles la llamaron «la gran viruela». Por ello también la sífilis, además de tener un nombre genuinamente polaco llamada en latín *morbus gallica*, *hispanica*, *italica* (o *napolitana*), se conocía también en la República nobiliaria como «la enfermedad india» (en la vecina Rusia se la llamaba, en cambio, «la enfermedad polaca»). Los cronistas atribuían la propagación de la enfermedad en Polonia a una mujer que en 1495

16. J. Tazbir: *La découverte*, p. 191.

17. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], p. 82.

había hecho una peregrinación a Roma; los protestantes recordaban con satisfacción que «la enfermedad india» era fruto de aquellas prácticas tan duramente criticadas por la Reforma. Una medicina contra la sífilis se la consideraba el fruto del árbol guayaco que crece en la India, «en una isla donde Kalkut o Kalikut». En realidad, el árbol crece en América Central; la medicina fabricada de él era importada a Polonia ya en el siglo XVI, vía Gdańsk. Además de guayaco, entre las medicinas contra la sífilis, gozaba de una gran popularidad el sasafrás, proveniente de la India Occidental. Se mencionaban asimismo hierbas medicinales que «se traían del Africa negra /Y de la recién descubierta América/ en botes de oro»¹⁸. Desde la mitad del siglo XVII era ya conocida la corteza de quina, la cual en Polonia se la llamaba «el polvo jesuita» puesto que la Compañía de Jesús propagó, gracias a las farmacias anejas a los colegios, el uso de esta medicina.

Una cuestión aparte es la presencia de temas americanos en la producción literaria. Estos hacen su aparición tanto en obras de mayor volumen, adaptadas del italiano, como en originales poesías de autores polacos, normalmente, no obstante, de no muy altos vuelos. Entre los autores debía de existir un cierto interés por la exótica dado que en 1679 Henryk Schaeivius, rector de colegio de Toruń, encontró oportuno editar «para el uso de poetas e historiadores» un conciso manual de geografía que, entre otros, ofrecía conocimientos básicos sobre el Nuevo Mundo, sus habitantes, recursos naturales y divisiones geográficas¹⁹.

E «cliché americano» era aprovechado por poetas con diferentes finalidades de les que descuellan tres: En primer lugar, tanto la India Occidental, como la India «propriadamente dicha», o sea inmensos territorios asiáticos, simbolizaban la enorme distancia, el fin de un mundo lejano y casi inimaginable. En segundo lugar, sobre todo América Latina, parecía a los polacos ser un país de riquezas inagotables. Y, finalmente, el tercer motivo que aparecía casi siempre en las alusiones poéticas a América y Africa (¡pero no en el caso de Asia!) era la impensable barbarie que supuestamente caracterizaba a los habitantes de estos dos continentes.

18. J. Tazbir: *La découverte*, p. 184.

19. H. Schaeve: *Skeleton geographicum in usus poeticos et historicos adornatum*, Minde 1679.

Estas ideas estaban acompañadas ya no tanto de imágenes exóticas, sino más bien fantásticas que atraían atención del lector, ese mismo lector quien escribió en el margen de libro de Bielski, notas conservadores hasta nuestros días, como p.ej.: «fíjese, qué extraño», o bien «animal fiero». Recordemos que en los relatos de las expediciones de Colón se resaltaban las rarezas con las que éste supuestamente había tropezado. Se repetía, p.ej. el relato sobre una enorme serpiente que devorara a uno de los compañeros del navegante, sobre los canibales de cabezas de canes, sobre las sirenas que habían visto etc.

La ingenuidad con que se creía en este tipo de relatos tenía diferentes motivos. Uno de ellos era el hecho de que el conocimiento del mundo y de hombre se viese desprovisto de límites institucionales. Cuentos y leyendas lindaban, muchas veces de manera difícilmente separable, con los hechos científicamente probados en base a la observación crítica de la realidad. Otro motivo de esta ingenuidad era la peculiar imaginación de la gente que vivía en esa época. El que se hayan concido — y en relativamente poco tiempo — tantos continentes nuevos, habitados por pueblos exóticos, descubierto tanto países llenos de plantas y animales extraños, causó indudablemente un impacto en su conciencia. Si se llegó a descubrir jirafas o hipopótamos, por qué no podría haber allí dragones o los tantas veces descritos unicornios. Otros continentes eran tratados como universos distintos que se regían por sus propias leyes. Pues, podía haber allí no solamente animales extraños, sino también hombres de otro físico que el nuestro, «más parecidos — según escribiera en 1652 Krzysztof Piekarski — a gatos marítimos que al género humano»²⁰.

También tenía importancia el hecho de que a comienzos del siglo XVIII se supiese en Polonia más bien poco sobre el relieve, sistema fluvial, clima, recursos naturales, o, finalmente, flora y fauna que poblaban la parte del mundo recientemente conocida. Durante al menos cien años se consideraba a América una península perteneciente a Asia, más tarde se la tomaba por una isla, o hasta por archipiélago. Y apenas a finales del siglo XVI y comienzos del XVII

20. J. Tazbir: *La découverte*, pp. 192–193.

empezó a plasmarse la idea de que Brasil, México o el Perú formaban parte de un mismo y enorme continente americano que constituía la cuarta parte de mundo.

Los nombres geográficos siguieron, sin embargo, caracterizándose por una gran imprecisión e inconsecuencia que obedecían, entre otros, de la inexactitud de los mapas. El término América, empleado por Jan de Stobnica como primero de los polacos en 1512 se intercambiaba con tales nombres como Nuevo Mundo, la India o hasta los antípodas, conceptos por los que se entendía las tierras descubiertas en el otro hemisferio y sus habitantes. En el diccionario polaco-latín de Jan Maczyński de 1564 leemos que los antípodas son gentes «que en la otra parte del mundo tienen las piernas vueltas hacia nosotros». El hecho de que tanto los cronistas (Bielski), como sacerdotes (Skarga) o poetas (Sebastian Klonowic) escribiesen sobre los antípodas no da pruebas de un particular atraso cultural suyo ya que, como sabemos, debieron de transcurrir decenas de años, hasta que se dejara de ver os nuevos continentes con la óptica de la Edad Media.

El término de Nuevo Mundo expresaba, en cambio, la admiración causada por la magnitud de los territorios, conocidos a efecto de los descubrimientos. Hieronim Powodowski escribía en 1584 que hacia poco había aperecido algo como la otra mitad del mundo o de la tierra, el Nuevo Mundo. El ya citado Leczycki afirmaba con orgullo que los antiguos había buscado gratuitamente durante cinco milenios la tercera parte del mundo: habían llegado a conocer tan sólo las tierras asiáticas y africanas. En contra de lo que podría esperarse en nuestra época justamente fue encontrado «otro mundo, casi tan grande y tan ancho como éste». El nombre de Nuevo Mundo se o ponía no solamente a las tierras colonizadas en otros continentes; ya a mediados del siglo XVII el nombre de Nuevo Mundo (Nowy Świat) se lo puso a una de las calles de Varsovia (el nombre se ha conservado hasta el día de hoy).

El ya mencionado Jan de Głogów fue el primero en emplear el término *novus mundos* en un manuscrito (en un tratado escrito en 1505) y en un texto impreso lo fue Jan de Stobnica (1512). Dicho nombre fue adaptado al polaco nada más que por Marcin Bielski en su *Kronika* (1551). Durante largo tiempo «todo cuanto era lejano,

poco conocido, exótico se o llamaba Nuevo Mundo en oposición a Europa»²¹. Cuando se escribía sobre la India se refería, mientras tanto, a continente americano, y también al asiático. Tan sólo en la segunda mitad del siglo XVI se empezaría a discernir la India propiamente dicha de la India Occidental situada a poniente. El jesuita Stanisław Grodzicki escribía entonces sobre «las dos Indias, Brasil, Japón, China»; otro jesuita, Piotr Skarga, se preciaba de que la fe católica se propagase en el Nuevo Mundo hacia los cuatro puntos cardinales: «Hacia el Este — en la India, hacia el Oeste — en América, hacia el Norte — en el Japón, hacia el Sur — en Brasil». Y al dirigirse a los alumnos de los colegios jesuitas escribía que quién quisiera conocer lo que ocurría «en el Perú, en América, en Brasil, en México [...] no deje de preguntar y leer». Todavía en 1641 el dominico Paweł Ruszczyk reconocía que no todos saben que «son dos las Indias». Y tenía razón ya que 10 años más tarde Wojciech Sikrański escribió que el catolicismo se estaba extendiendo en los antípodas: el Nuevo Mundo que abarca a las Indias, China, Molucas, América, Brasil y Malabar. Ello demuestra la fluidez que seguía habiendo en cuanto a los nombres geográficos. Según se deriva de las opiniones citadas, durante un largo periodo América era considerada como tan sólo una parte del continente descubierto por Colón. Es posible que por ello la alabanza de sus méritos no colisionase con el hecho de ver en Américo Vespucci al verdadero descubridor de América. Con un gran retraso en comparación con lo que se sabía de América en Europa Occidental, se empezaron a asimilar en Polonia los nombres geográficos de las respectivas regiones del continente recientemente descubierto. Como primeras afluyeron, desde luego, las noticias sobre las islas descubiertas por Colón: Hispaniola, Isabel, San Salvador y otras. En los años veinte aparecen las primeras noticias sobre México, a que se consideraba, en un primer periodo, como una de ellas. No obstante, con relativa prontitud llegó la información sobre el carácter continental de la Nueva España (sin embargo este nombre no fue asimilado en la nomenclatura geográfica polaca). Más tarde (1534) llegaron informaciones sobre el Perú y, posteriormente, sobre Chile y Argentina. En la segunda mitad del siglo XVI se

21. R. Wróblewski: *op. cit.*, p. 96 y siguientes, así como J. Tazbir: *La découverte*, p. 181.

empezó a escribir sobre Brasil que durante un tiempo también era considerado como una isla. Fue también en esa época cuando afluyeron a Polonia las primeras y escuetas informaciones sobre América del Norte; las mismas serán referidas aparte.

En el siglo siguiente se produjeron en la nomenclatura geográfica polaca dos cambios bastante importantes. Pues, por un lado una parte de los escritores empieza a emplear el término de Nuevo Mundo sólo con referencia al continente americano. Por otro lado el nombre de América se emplea cada vez menos para denominar solamente una parte de ese continente. Con este motivo cabe mencionar las fechas de la primera aparición de estos nombres en textos escritos en lengua polaca, pues con ello se puede demostrar la gran variedad de géneros literarios en que podemos encontrar menciones hechas de América. Así, de la propia América habló como primero un autor anónimo de textos poéticos quien escribió en 1575 sobre los dominios que el rey español «tiene en América/ Y el turco posee en Africa». A finales del siglo XVI Sebastian Klonowic escribió con orgullo (1595) que sus compatriotas conocían «el país subterráneo de los antípodas» así como América a que «los audaces españoles» llegaron cruzando los mares. El primero de los dramaturgos polacos en mencionar América fue Piotr Ciekliński en cuya comedia *Potrójny z Plauta* [*Trinummus según Plauto*] (1597) comparecen hombres que saben «lo que pasa en Calcuta y en América», o sea, bien informados de los que está aconteciendo tanto en la India Oriental, como en la Occidental²². A un poeta anónimo le debemos a primera mención de Florida en un texto polaco de 1574. En cuanto a Brasil el palmarés parece tenerlo Skarga quien alude a esta parte de América del Sur en su *Żywoty Świętych* [*Vidas de los Santos*] (1579).

Los contactos directos de países tales como Inglaterra, Francia y, sobre todo, España con América hicieron que la terminología geográfica relativa a ésta se estableciese en aquellos países antes que en Polonia. No obstante, gracias a la proximidad de la República nobiliaria de Asia, el adjetivo «europeo» hizo su aparición en títulos de libros polacos ya en la primera mitad del siglo XVI y sería de uso frecuente a partir de ese momento. Como primero lo empleó Maciej

22. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], p. 14.

de Miechow (Miechowita) en el mencionado *Tractatus de duabus Sarmatiis* (1517), mientras en Europa Occidental este nombre iba a aparecer en textos de los escritores tan sólo en la segunda mitad de ese siglo (Italia — 1559, Francia — 1563, Inglaterra — 1593)²³. El flojo conocimiento de las respectivas regiones de América, sus nombres y límites iba a la par con una idea nebulosa de sus cadenas montañosas y sistema fluvial. Lo mismo pasaba con la superficie de América la cual se la creía más o menos igual a la de Europa. Mucho mejores eran los conocimientos concernientes al clima, la flora y fauna americanas. Un particular interés lo despertaba la diferencia de temperaturas reinante en ese continente. De las zonas de fríos perpetuos del Norte informaban grabados que recogían a animales polares y hombres vestidos con pieles. Con cierta extrañeza se acogía la noticia de que los europeos pudiesen soportar el calor tropical del Sur de continente americano.

Con el clima estaba relacionado el interés por la flora y fauna. A comienzos del siglo XVII se conocía ya en Polonia la existencia de las selvas tropicales que poblaban la parte central y la parte Sur de América. Entre los árboles americanos se mencionaban: el brasil, guayaco, quino, sasafrás. Se sabía igualmente de los cultivos en los terrenos no poblados por bosques de tales plantas como: algodón, caña de azúcar o tabaco. En el siglo XVII las ideas realmente fantásticas que se tenía de los animales de América, empezaron a ceder en favor de la convicción de que la fauna americana no distaba tanto de la conocida de los europeos. El símbolo de lo exótico, sin embargo, permanecieron siéndolo, además de los papagayos, los cocodrilos y los tapires que acompañaban las imâgenes alegóricas del continente americano. Las lamas, conocidas en Polonia sólo de oídas, se las llamaba «caballos indios». Bastante pronto aparecieron en Polonia los papagayos a que se comparaba con gusto a los judíos polacos quienes en esa época acostumbraban vestir de varios colores.

Los nombres que se ponían en la República nobiliaria a algunos representantes de la flora y fauna americana, transplantados a Europa demostraban que se tenía presente la proveniencia exótica de «tabaka» (tabaco rapé) proveniente de Brasil, el sol

23. D. Hay. *Europe. The Emergence of an Idea*, Edinburgh 1957, pp. 106–107.

indio o la corona peruana (girasol), mijo o trigo indio (maíz) o gallos indios (pavos). No obstante pocos eran os que conciesen el «pedigrí» americano de la patata que en el siglo XVII se servían solamente en las mesas señoriales siendo un plato original y que en cierto sentido hacía de postre (su cultivo con esta finalidad, precisamente, lo aconsejaba en su libro de recetas culinarias Stanisław Czarniecki en 1682). E cultivo sistemático de patatas no empezaría en Polonia hasta a mediados del siglo XVIII.

Mucho antes se ganó en Polonia bastante popularidad otra planta americana: el tabaco. En vano echaban rayos y centellas contra el vicio los sacerdotes de todas las confesiones a quienes la comparación del humo de tabaco con los infernales les ofrecía oportunidad de intervenciones espectaculares. El poeta Jerzy Szlichtyng hasta lo llamó veneno (1650) que enseñó primero «el americano (indio)» al español y éste, por su lado, a «alemanes, italianos, franceses, ingleses ofreció este veneno ingrato»²⁴. Los polacos llegaron a conocerlo, sin embargo, no a través de alguno de los pueblos mencionados, sino por medio de Turquía. En 1590 Zygmunt Uchański, emisario de la República en Constantinopla, envió semillas del tabaco a la infanta Ana Vasa, aficionada a la botánica. En su huerto de Golub (la Prusia Real) se cultivaban muchas plantas exóticas. La hermana de Segismundo III Vasa sufragó también los gastos de la publicación de *Zielnik* [*Herbario*] de Szymon Syreniusz que incluía descripciones de algunas de ellas. La propagación del cultivo del tabaco (el nombre polaco tyton proviene del turco: ty-tun), llamado en un principio «tabaka» se produjo tan sólo en el siglo XVIII. No obstante, en el curso de todo el siglo anterior venía creciendo su importación, principalmente vía Gdańsk. A los fumadores no les disuadían los elevados precios de este artículo: en 1647 por una libra de tabaco había que pagar 5,5 zloty polacos, o sea más que por, pongamos por caso, un ternero que en esa época costaba de 4 a 5 zlotys. A pesar de ello las importaciones polacas de productos ultramarinos crecían vertiginosamente: desde el fin del siglo XVI hasta la mitad del siglo siguiente las mismas crecieron diez veces, y hasta el fin del siglo un 50% más. Son particularmente expresivos los datos concernientes

24. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [*Los nobles y los conquistadores*], pp. 181–182.

al azúcar brasileño: mientras en los años sesenta del *siglo XVI* Polonia importaba anualmente 3 mil kilogramos, en 1620 las importaciones de este artículo se cifraban ya en 240 toneladas, o sea 80 veces más.

Entre las demás plantas cuyo conocimiento debía la República nobiliaria al descubrimiento de América debe mencionarse el maíz. A pesar de que el ya citado Syreniusz escribía que el maíz había llegado a Polonia a través de Italia y Alemania es más probable, sin embargo que la misma fuese importada de los entonces así llamados países valaquios (hoy día Rumanía) en que el cultivo de maíz se había extendido ya en el *siglo XVII*. Sin embargo dicha planta se conocía más bien poco en Polonia hasta el *siglo siguiente*. Lo mismo se puede decir de la alubia, cultivada solamente en huertos de magnates, con fines decorativos. Pimientos y tomates, también de origen americano, se desconocían en Polonia hasta los finales del *siglo XVIII*. Syreniusz recordaba haber visto esa hierba «traída a Europa del Perú» en la localidad de Bejsce en un huerto perteneciente al voivoda cracoviano, Mikołaj Firlej. No sabemos, en cambio, quién y de dónde trajo a Polonia pavos; de la cría de pavos en algunos mayorazgos de los magnates escribía todavía antes de 1567 Marcin Kromer en su crónica. Se puede también suponer que Anzelm Gostomski autor del manual de agricultura, quien recomendaba criar en las granjas «los gallos indios», se refería, justamente a esas aves. En un principio las mismas eran un plato lujoso que se servía en las mesas reales y de los grandes señores, y eso sólo en ocasiones particularmente solemnes. Sin embargo, ya en el *siglo XVII* el pavo se convirtió en un ave popular en Polonia o cual puede verse corroborado por el hecho de que los sables encorvados de la época fueran llamados «*indyeczki*» [«pavas»] en polaco ya que sus hojas encorvadas se parecían a cuello de esa ave. En Europa Occidental ya en los siglos *XVI—XVII* se consideraban exóticos los objetos provenientes de Turquía o Crimea, o hasta de Polonia, mientras en nuestro país, dado la «orientalización» de los gustos, las obras de arte de aquellos países no podían causar mayor sensación. Se puede decir, según parece, que Polonia tenía por exóticos sólo la vestimenta, abanicos o imágenes hechas con plumas que provenían de los territorios descubiertos en el curso de la grandes expediciones marítimas.

Las primeras nuestras del afán coleccionista hicieron su aparición ya en el siglo XVI. Muchos soberanos europeos reunían en sus museos de curiosidades (llamados *Kunstkammer* o *Wunderkammer*) diferentes objetos traídos de América o del Lejano Oriente. Los emulaban también las cortes polacos. Así, pues, el rey Segismundo III Vasa compraba gustosamente imágenes hechas en la India Occidental de plumas de avestruz, técnica, por otro lado, realmente dominada a la perfección por los artistas de esas tierras. En la colección de la familia de los Radziwiłł de Birża, de la mitad del siglo XVII, encontramos un gran número de objetos «indios», importados de los territorios descubiertos en el siglo XVI. Entre ellos se encuentran vasijas exóticas, partes de la indumentaria, imágenes. Colecciones similares las podemos también encontrar en casas de la rica burguesía de Gdańsk.

Tanto los burgueses como los gentilhombres se sentían fascinados por los cuentos sobre las impensables riquezas que habían logrado acaparar los conquistadores y que seguían extrayendo de las numerosas minas, o bien directamente de los ríos (de los que se escribía que daban bastante oro). Se sostenía asimismo que, particularmente en América del Sur, la tierra por sí misma a veces «segrega el polvo o una pieza de oro puro». No es pues de extrañar que en la ya mencionada carta de Brasil (1634) Wituski se burlase de sus compatriotas que consideraban que en el Nuevo Mundo el oro y la plata se lo podía casi sacar a palas²⁵.

Si se aludía con tanta frecuencia a las cadenas montañosas de la frontera entre e Parú y Chile, fue también porque los españoles habían descubierto allí grandes yacimientos de metales nobles. El nuevo mundo parecía «estar lleno de oro, plata, perlas, raíces y las demás cosas». En algunas ocasiones este espejismo dorado se los inscribía de manera graciosa en el paisaje conocido. Wespazjan Kochowski decía, p.ej., que «relucían de oro los bosques mexicanos». Según parece la fiebre de oro que indujo a buscarlo en el territorio polaco, sobre todo en los montes de Tatra, se debía principalmente a las informaciones sobre el oro que en el otro hemisferio literalmente fluía en los torrentes montañosos.

25. W. Czapliński: *Dawne czasy. Opowiadania i szkice historyczne z XVII w.* [Tiempos antiguos. Cuentos y bosquejos históricos del siglo XVII]. Wrocław 1957, p. 210.

No eran, pues, del todo sinceros los poetas que ponían los privilegios políticos de la nobleza por encima de los metales extraídos de las minas americanas (Joachim Bielski escribía que a pesar de que «los ríos indios dan bastante oro, por más preciosos tienen los polacos sus privilegios»²⁶). Eran ya más francos los viajeros polacos que en sus diarios relataban con admiración y envidia os desembarcos en Sevilla de la flota de Indias. Y cuando más sinceros se mostraban era cuando reprobaban a los españoles que era a codicia el principal móvil de sus peligrosas expediciones allende el océano. Tales opiniones eran también propias de escritores de otras nacionalidades. «¿Serán pocos los españoles a quienes la codicia o el orgullo atraen a países tamaño lejanos y, parece, alumbrados por otro sol?» preguntaba Justus Lipsius²⁷. No se lo tomaba, sin embargo, demasiado a mal (excluyéndose los medios heterodoxos). Marcin Bielski expresaba incluso la opinión de que no teniendo los indios la idea sobre el valor de aquellas riquezas, justo era que se apoderaran de ellas los españoles.

El interés por los descubrimientos y la fascinación por el oro «indio» hacían que os habitantes indígenas de América pasaran con bastante frecuencia a un segundo plano. En un principio se les llamaba «indios», pero no siempre se sabía de habitantes de qué continente se trataba en cada caso (Skarga, p.ej., escribía sobre la propagación del cristianismo entre los «indios en el Este y el Oeste»). Además se hablaba de brasileños, peruanos o mexicanos según cuál fuese país de origen de estos indios. En el siglo XVII se empezó a llamarlos americanos, término este con que se denominaba a los habitantes primitivos de América y que se conservó en la lengua polaca hasta mediados del siglo XIX. En cambio, a gente blanca, incluso a los que hubiesen nacido en el otro hemisferio, se los seguía llamando, según su nacionalidad, españoles, portugueses o ingleses.

Se conocía igualmente que para el trabajo en América se traía a negros de África. Sin embargo los negros no despertaban mayor interés de los polacos ya que gente de ese color de piel la podían ver con frecuencia los polacos que viajaban por el imperio turco. Y no sólo allí. Ya a comienzos del siglo XVII en cortes de magnates polacos em-

26. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], pp. 79–80 y 83.

27. J. Lipsius: *O stalosci ksiąg dwoje* [De constancia libros dos], Wino 1600, hoja 35.

pezaron a aparecer negros lo que era motivo de quejas de Sebastian Petrycy de Pilsen quien decía que en otros países éstos tenían que trabajar duro, mientras en la República nobiliaria los señores «visten al negro de seda, le permiten impertinencias, de manera que es posible que mate, ciegue o haga cojo a alguien»²⁸. Vale la pena agregar que no se compadecía excesivamente a los esclavos negros, ni a los que se veían en los mercados de Turquía ni a los sobre que se trataban relatos de América. La aparición de la reflexión humanitaria habría que esperarla hasta los tiempos de la Ilustración.

En Polonia tuvieron también reflejo las opiniones sobre el indio que se habían ido formando a lo largo de los siglos XVI y XVII en Europa Occidental. Una particular influencia la ejercía en este caso José Acosta que dividía a todos los habitantes del Nuevo Mundo en tres categorías de bárbaros, correspondientes a tres fases del desarrollo de la civilización. En el primer sitio estaban, a su juicio, los habitantes de la China, Japón y otros países asiáticos que poseían un sistema estatal, una legislación, una ciencia y comercio bien desarrollados. En el segundo sitio se encontraban los habitantes de México y el Perú con su sistema estatal, ejército, administración y soberanos. El género de bárbaros los representaban, según Acosta, las estirpes indias de Florida o Brasil que se encontraban en un estado de salvajismo total así como las recientemente tribus africanas del centro y de la parte sur de ese continente. A pesar de que las mismas no eran tan fieros como tigres o panteras, sin embargo — según el autor — diferían poco de estos animales, andaban desnudos y eran propensos a las peores fechorías. Las argumentaciones de Acosta fueron citadas casi íntegramente por el jesuita Possevin en el ya mencionado manual así como por Giovanni Botero que gozaba en Polonia de una gran popularidad. Este último escribía que las muestras del carácter salvaje y animal de estas tribus eran los siguientes cinco rasgos principales: el desconocimiento de Dios, la falta de agricultura y el canibalismo, la falta de viviendas (sustituidas por árboles o cavernas) y, finalmente la inexistencia de forma organización social aguna²⁹. En la

28. S. Petrycy: *Polityki Arystotelesowej ... ksiąg ośmioro* [De la política aristotélica ... libros ocho], parte II, libro V, pp. 81–82.

29. R. Romeo: *op. cit.*, p. 92, así como F. Chabod, *Giovanni Botero*, Roma 1934, pp. 178–196.

literatura polaca hasta mediados del siglo XVIII esta gente era llamada «americanos salvajes» o «negros torpes».

De manera algo simplificadora podemos deslindar tres principales opiniones sobre el indio. Los partidarios de la primera de ellas veían en los habitantes indígenas de América a unos seres felices y más valiosos que os europeos, a pesar de estar exentos de organización estatal alguna, o conocimiento de los principios del cristianismo. Esta opinión iba a servir de base para la construcción del mito del «buen salvaje». A pesar de que ya Michèle Montaigne, a quien siguieron otros escritores y filósofos, otorgaba ese papel a los indios, en la literatura polaca tal visión del indio no apareció hasta en la época de la Ilustración. También en la literatura polaca se podía encontrar al «hombre salvaje» que daba a los polacos amargas lecciones morales, pero este era Sático, o sea se trataba de un personaje proveniente de la mitología y que nada tenía que ver con los grandes descubrimientos geográficos.

Sin embargo, también en la literatura polaca se podría encontrar ciertos ecos de opiniones que idealizaban en orden que reinaba en el peruano estado de los incas, o en México bajo los aztecas. De allí, justamente, vino el «buen salvaje», Telefus, que protagoniza la obra de Jakub Paleolog quien en los años setenta del siglo XVI encontró asilo confesional en Polonia. Este representante de la heterodoxia italiana atribuía a los indios todas las virtudes posibles, derivadas de la moralidad natural, lo cual le permitía condenar la crueldad, la codicia y la inexorabilidad de los curas españoles y de los conquistadores³⁰. También Łukasz Górnicki alabó en 1566 el respeto a la propiedad ajena existente en «la India del sol poniente, conquistada por los españoles». Los campos se delimitaban allí con apenas un hilo fino y quien la franquease y robase algo «era castigado con la muerte en el palo»³¹.

Cien años más tarde que Górnicki, Jan Sachs, un escritor de la ciudad de Toruń, defendería a los indios de la acusación de savajismo. Antiguamente — según él — eran iguales a los propios romanos y a otros pueblos civilizados. Pues a los habitantes de América se les hacía daño al presentarlos como bárbaros y gente falta de cultura.

30. A. Pirnat: *Die Ideologie des Siebenbürger Antitrinitarier in der 1570er Jahren*, Budapest 1961, pp. 87—88.

31. L. Górnicki: *Pisma [Escritos]* vol. II, Warszawa 1961, p. 360.

Basta con tomar entre manos, escribía Sachs, la obra de José Acosta, *Historia naturalis et moralis Indiae Occidentalis*, para ver lo razonable que era la organización del antiguo estado mexicano o de la sociedad incáica³².

En cambio, los habitantes de Brasil eran objeto de una polémica teológica que tuvo lugar en los círculos socinianos. Al autor de esta corriente, Fausto Socino, el hecho de haber encontrado «en ciertas regiones de la tierra, particularmente en Brasil», a tribus que carecían de cualquier tipo de creencias religiosas, le servía para negar la existencia de una religión natural bajo cualquier forma. Los recientes descubrimientos geográficos, a su juicio, daban pruebas para fundamentar la tesis de que existían no solamente individuos, sino también pueblos enteros, a quienes era ajena la idea de Dios. Samuel Przykowski, por otro lado, se preguntaba si se podía imponer un castigo eterno «a los bárbaros brasileños u otra gente del mismo género» quienes sin poder imaginarse siquiera a existencia de Creador, resultaban gente arreligiosa por causa de su ignorancia³³.

Estas eran, sin embargo, opciones o polémicas aisladas y poco concidas de un público más amplio. Gozaban de una gran popularidad, en cambio, los relatos sobre indios, insertados en *Kronika* de Bielski en que los textos iban acompañados de grabados. Algunos de ellos presentaban a indios en sus quehaceres cotidianos, pacíficos, mientras otros los presentaban como a canibales descuartizando restos mortales de un hombre. El mismo dualismo era notorio en los personajes que simbolizaban a América. A pesar de sintonizar con los cánones de la belleza femenina, eran presentados desnudos con una vincha hecha al estilo de una corona y un taparrabo de plumas. Un elemento exótico lo constituía un mono o un cocodrilo que acompañaba a la alegoría de América. La alusión a la barbarie era la lanza empuñada; con arreglo a otra versión América tenía en una mano el arco y en la otra una flecha. Una de sus piernas la tenía América apoyada, tal y como lo podemos apreciar en un dibujo de Jeremías Falc, sobre una cabeza humana, atravesada por una flecha lo cual constituía una clara alusión al canibalismo. De vez en cuando se la presentaba montada en un carro del que tiraban dos

32. F. Marinus Polonus [J. Sachs]: *De scopo Reipublicae Poenitiae*, Vratislaviae 1665, pp. 318–320 y 387.

33. S. Przykowski: *Dissertatio de pace et concordia ecclesiae* (1630), Varsoviae–Lodiae 1981, pp. 64–66.

tapiros. Las opiniones a este respecto no iban cambiando excesivamente con el paso del tiempo. A finales del siglo XVII Jakub Kazimierz Haur escribía que América debía ser presentada como un semidesnudo «con un delantal de plumas de la cintura hasta a rodilla, en la cabeza una corona también de plumas, con un arco y una lanza, vestida de india»³⁴.

En las mascaradas de todo tipo, que tanto gustaba organizar a la gente, sobre todo en la época del Barroco, así como en las procesiones, participaban en un desfile solemne representantes de diferentes continentes. Así, mientras a Europa la representaba el hombre blanco vestido con un traje corriente, a Asia un chino culto si bien pagano, o un turco pavoroso, a Africa y a América las representaba «un hombre salvaje» adecuadamente ataviado. Ya a Isabel de Habsburgo quien había llegado a Cracovia para contraer matrimonio con Segismundo Augusto, la acogieron dos trompetistas «vestidos de plumas de papagayo hechos a los indio». A los pieles rojas, casi por regla general, se los imaginaba como hombres adornados «con plumas de papagayo hasta las rodillas»³⁵. Todas estas opiniones eran reflejo de un segundo estereotipo, además de mito del «buen salvaje», relativo a la persona del indio. Este supuestamente era un personaje tan bruto y repugnante que en la práctica poco difería de los animales. Los canibales de piel roja eran presentados como unos salvajes discolos quienes intentaban desbaratar los planes de los conquistadores de dominar el país y extraer los metales. En el mejor de los casos se los presentaba como uno de los elementos del paisaje americano, una pieza que aumentaba su exotismo. Las huellas de ello las podemos encontrar ya en correspondencia de Dantyszek de la primera mitad del siglo XVI. También otros escritores polacos, con bastante frecuencia hacían alusión al canibalismo (fue creada incluso una voz genuinamente polaca, ahora en desuso, equivalente a «canibalismo»). En vista de ello Keckermann expresaba la convicción de que los indios, por su naturaleza, nacían para ser esclavos. Sin embargo, los autores polacos (hasta mediados del siglo XVIII) pocas veces condenaban de plano a los habitantes indígenas de América, postura muy característica de los medios protestantes a los que pertenecía también el propio Keckermann.

34. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], p. 155.

35. *Ibidem*, p. 21.

La influencia de la Contrarreforma hizo que en la República nobiliaria la opinión más frecuente fuera una evaluación a mitad del camino entre el mito del «buen salvaje» y la imagen de un canibal a quien sólo se podía aniquilar y nunca civilizar. Esta postura comedida la representaban sobre todo los misioneros, que normalmente dedicaban bastante atención a los cultos paganos existentes en la América precolombina. Tanto los franciscanos y los dominicos, como, más tarde, los jesuitas, por un lado descubrían no sin extrañeza, en la religión de los incas cierto parecido al cristianismo (el conocimiento de la cruz, el monoteísmo, la existencia de monasterios y templos). Por otro lado escribían con indignación sobre las cruentas ofrendas anuales hechas de hombres lo que supuestamente obedecía a culto al satanás practicado por los indios de ese país. Con ello precisamente se trataba de justificar la necesidad de conquistar América. Sin hacer la vista gorda de todos estos fenómenos negativos (a los que se solía agregar la crueldad y la propensión al exceso sexual) se expresaba la esperanza de que en la naturaleza del indio el bien se impusiese al mal. La garantía, al menos en el caso de algunas tribus, la parecía dar su carácter pacífico. El optimismo obedecía a la visión diferenciada de los habitantes indígenas de América. Por ejemplo nadie les imputaba canibalismo a los indios de México o del Perú al tiempo que nadie negaba la existencia de canibalismo, a escala masiva, entre algunas de las tribus. Unos, según leemos en *Kronika* de Bielski, eran gentes buenas y hospitalarias, «pueblos desnudos, pero religiosos, tranquilos, justos y fieles», y otros se entregaban abnegadamente al canibalismo. Se comen no sólo a los enemigos, sino también a sus padres, «viviendo cual reses, alaban al demonio». El cronista polaco, siguiendo a Grynaeus, escribía que los indios habitualmente andaban desnudos (a las chicas incluso eso les iba bien) pintaban los cuerpos de diferentes colores, llevaban adornos en las orejas, a nariz y no profesaban ninguna religión. Era fácil conseguir de ellos oro y piedras preciosas a cambio de campanillas, espejitos y diferentes adornos sin valor. También el ya mencionado franciscano, Rossellius, distinguía entre los indios bondadosos, amistosos hacia los europeos y los belicosos canibales, peores que las bestias más fieras³⁶. En algunos trabajos, sobre todo

36. J. Tazbir: *La découverte*, s. 195.

de los jesuitas, tales como Possewin, Botero y Torres, cuyas obras ganaron particular popularidad en Polonia, se alababa el carácter de algunos indios, sobre todo de los peruanos.

Botero, pese a ofrecer muchas pruebas del carácter salvaje y bruto de los habitantes indígenas de América, a una parte de ellos les atribuía tales virtudes como modestia, docilidad, respeto a la propiedad. Tampoco ocultaba que existían tribus díscolas que libraban a los españoles lucha armada y que habían a la selva no queriendo trabajar en las explotaciones de los conquistadores o en las minas de metales.

En la traducción al polaco del ya mencionado libro de Torres leemos que los indios peruanos no conocen el orgullo, envidia o la glotonería. Son atrevidos y trabajadores «mientras los perjuicios y persecuciones, aunque injustos, los soportan con paciencia». Mikołaj Janseniusz repetía con reconocimiento (en la vida de San Domingo) la opinión del obispo Julián Garcés de que los indios resultaban ser más propensos a la conversión al cristianismo que los judíos o musulmanes: uno de sus rasgos es la obediencia y como tienen «un gran ingenio» con mayor facilidad asimilan las verdades de la fe³⁷. Esta convicción la compartían también autores polacos. En 1620 el dominico, Fabian Birkowski, escribía: «Donde el sol poniente vean a los mexicanos, peruanos y brasileños, pueblos antes harto crueles, entregados a los diablos y los ídolos, y ahora bajo la cruz de Cristo de manera extraña sosegados y obedientes»³⁸.

A finales del siglo XVII llegaron a Polonia las primeras noticias sobre las denominadas reducciones paraguayas. En estos villorios misioneros que existían desde 1610 en territorio del actual Paraguay, parcialmente Uruguay y Brasil la tribu de los guaraní se dedicaba a la agricultura y cultivo de tierras. La administración estaba en manos de los jesuitas de cuyos méritos en el campo de la labor civilizadora entre los indios escribía con sumo reconocimiento ya en 1695 e p. Kwiatkiewicz. En el siglo XVIII eran generales los elogios, dirigidos a los jesuitas por haber incitado a los indios de la selva y de las cavernas, a una vida sedentaria a quienes «enseñaron

37. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], pp. 27–28.

38. *Kazania na niedziele i święta doroczne* [Sermones de los domingos y fiestas anuales], parte 1–3, Krakow 1620, p. 812.

la agricultura, artes y artesanía». También lograron inculcarles sin uso de la fuerza ni la violencia los principios de la moral cristiana³⁹. También Jakub Kazimierz Haur en la poesía *Dialog calego świata* [*Diálogo de todo el mundo*], creada por el año 1702, escribía que antes de la llegada de los blancos los indios americanos estaban viviendo cometiendo todo tipo de fechorías tales como la idolatría, el canibalismo y el alcoholismo. Andaban casi desnudos, se ponían solamente plumas y cueros de animales, desconocían el comercio, la cría de animales domésticos y caballos. Se alimentaban tan sólo con frutas, carne cruda y pescado; ahora — escribía Haur — florece entre ellos la fe verdadera y las buenas costumbres; fue erradicado el canibalismo, aprendieron a cultivar la tierra. Gracias a la Providencia «ahora ya va todo bien allí, a lo cristiano»⁴⁰. El poema de Haur, cuyo manuscrito se ha conservado hasta hoy día, constituía un himno en honor de la influencia benéfica de la Iglesia y de la misión civilizadora del hombre blanco. El optimismo que se expresaba en él era, sin embargo, prematuro y exagerado; el lector atento derelaciones de los misioneros que afluían también a Polonia podía comprobar que las sucesivas generaciones de misioneros se venían quejando de lo mismo: de las enormes dificultades con las que tropezaban, de lo discolo del carácter del indio, de la barbarie de sus costumbres y de las influencias paganas que seguían siendo fuertes. Estos puntos débiles de la labor evangelizadora de la Iglesia los resaltaban con satisfacción los polemistas protestantes. Según los heterodoxos los indios quienes no comprendían el español, asmilaban muy poco de los principios de la fe, tanto menos que la catequización se efectuaba por la fuerza. Para fundamentar tal opinión se hacía referencia a tales autores católicos como Francisco de Vittoria y José Acosta.

A la hora de escribir sobre América, sus pueblos, riquezas, flora y fauna se contraba la atención, principalmente, en los terrenos dominados por los españoles. Mucha menos importancia se prestaba al poder colonial de Portugal. Incluso de las relativamente frecuentes menciones de Brasil no siempre se desprendía que ese país dependía de Lisboa, y no de Madrid. Durante largos años tampoco

39. J. Tazbir: *Rzeczpospolita szlachecka wobec wielkich odkryć* [La República nobiliaria ante los grandes descubrimientos], Warszawa 1973, p. 72.

40. J. Tazbir: *La découverte*, pp. 195–196.

se escribía sobre otros pretendientes al dominio de América, tales como Francia, Inglaterra ya sin hablar de Holanda. Todavía Marcin Bielski menciona en su *Kronika wszystkiego swiata* [*Crónica del mundo entero*] exclusivamente las expediciones cuyo punto de partida era la Península Ibérica.

Aunque Piotr Grabowski escribiese en 1596 que «los españoles, italianos, ingleses se propagan por las islas y las costas de mares inconmesurables, por la India vasta y rica»⁴¹, pero el flojo conocimiento de la literatura inglesa referente a las expediciones hizo que los progresos de los ingleses en la colonización de América fuesen casi desconocidos hasta comienzos del siglo XVII. También tenía peso en este caso el hecho de que, los contactos con Inglaterra, bastante lejana, protestante y que no tenía directos intereses políticos en el continente fueran en la época de Renacimiento incomparablemente menos vivos que con Francia, sin hablar ya de Española o Italia. Cabe recordar que el agente de Enrique Valois, Jean Monluc, hacía, en su nombre, promesas a ciudadanos de la República nobiliaria de darles acceso a los territorios de ultramar, objeto de la penetración francesa. Ello tuvo también reflejo en las condiciones incluidas en un acuerdo con el rey, firmado en 1573, que garantizaban a los nobles-electores el derecho a disfrutar de las nuevas tierras y a los comerciantes polacos (en pie de igualdad con los extranjeros) a practicar su oficio con aquellas tierras (o sea con las colonias francesas en América del Norte).

El conocimiento de la literatura francesa referente a los viajes hizo que creciera el interés por la expansión de ese país en América del Norte. En el siglo XVII nos llegaban, aparte de la descripción del Nuevo Mundo de Acosta, Benzoni, Grynaeus o de Münster, también relaciones francesas, tales como los libros de Bassaneri (*Historia notabilis Floridae*), F. Belleforest (*La cosmographie universelle de toute le monde*), A. Thevet (*Les singularités de la France antarctique*) o de Villegagnon (*Copie de quelques lettre sur la navigation...*). Ello, evidentemente no significa que todos los polacos que seguían la rivalidad franco española por las colonias estuvieran del lado de París. Uno de los opositores a la candidatura de Valois a nuestro trono se burlaba de los franceses (1574) diciendo

41. P. Grabowski: *Polska niżna albo osada polska* (1596) [*Nueva Polonia o la colonia polaca*], Krakow, pp. 13 y 55.

que éstos habían sido expulsados por los españoles «cual judíos miserables».

La primera y la más amplia información sobre América del Norte (hasta la publicación en 1745 de la obra de Benedykt Chmielowski *Nowe Ateny* [*Nuevas Atenas*]) en la lengua polaca la ofrecía a traducción del libro de Botero del que el lector polaco se podía enterar de que América se dividía en dos penínsulas: la del Sur y a del Norte, unidas por un istmo. La parte Norte había sido descubierta por Jacques Cartier, Gaspar Corterealis, Sebastian Cabot y Martin Forciferus, América del Norte constaba de tres regiones: Estotilant, Terra Laboratoria y Norumbega. A la primera de ellas (hoy día es una parte de la Nueva Funlandia, Labrador y la América Británica hasta la Bahía de Hudson) — según Botero — habían llegado mucho antes que Colón pescadores de Frisland. Los habitantes de Estotilant se dedicaban a la pesca y a la caza; lo hacían casi todo de pieles, empezando por la ropa de cama hasta el calzado. Estotilant terminaba — continúa Botero — en el paralelo 60° en el río Nevato (?); allí empezaba la tierra llamada Labrator que se extendía hasta el río de San Lorenzo. Más hacia abajo — escribía Botero — estaban las tierras denominadas Norumbega. Allí los franceses tenían su Nueva Francia; los indios que la habitaban eran altos, fuertes y resistentes; andaban casi desnudos y no poseían asentamientos fijos. La obra de Botero presentaba la situación tal y como se presentaba a finales del siglo XVI. Por ello también no prestaba atención a los progresos de la colonización inglesa en América del Norte, advirtiendo tan sólo la hegemonía española en esos territorios. A pesar de ello, hasta los comienzos del siglo XVIII *Las relaciones universales* eran la fuente más amplia de información también sobre América del Norte.

Sin embargo ya en siglo anterior pasaron a formar parte de programas escolares en las escuelas protestantes, colegios jesuitas y en la Academia de Cracovia, las informaciones básicas (relativamente escuetas, por otro lado) sobre la división geográfica de aquella parte del continente americano. Todavía Keckermann (1611) escribía en términos bastante generales que la península de América constaba de Nueva España (seu Hispanioli), provincia mexicana, Florida y nuevas tierras. Pero otros autores ya enumeraban con más exactitud tales nombre como el Canadá, Nueva Francia, Virginia,

Florida, Nueva España, Nueva Granda y California. De Virginia se escribía que había sido llamada así por los ingleses quienes le pusieron el nombre de su reina soltera.

En resumen, a gente se interesaba menos por la colonización inglesa, holandesa o danesa puesto que en estos casos se trataba de acciones misioneras llevadas por protestantes entre los indios. En lo que a los católicos se refiere, los franceses desarrollaban actividades misioneras en el Canadá a las que aludía el p. J. Kwiatkiewicz en su *Przydatek «Rocznych dziejów kościelnych»* [Suplemento al «Anuario eclesiástico»]. Según él, ese país era habitado por gentes salvajes que comían los cuerpos de los enemigos matados en la guerra. Con más simpatía caracterizaba «el país de los hurones, algo ya amansados por los franceses, no tan salvajes», pero reacios al cristianismo de lo que la prueba era el martirio de Isaac Jacques, jesuita que durante seis años había llevado una misión en esas tierras⁴².

En los siglos XVI y XVII los libros editados en polaco sobre América podrían contarse con los dedos de una mano. Así pues no se deje engañar el lector de mi artículo por la imagen completa de ese continente, sus habitantes, flora y fauna o de sus riquezas trazada en las páginas anteriores. Pues la misma era, como un mosaico de trozos acoplados, encontrados en poemas, polémicas religiosas, artículos políticos o incluso en intervenciones en las asambleas de nobles. Por ello también tantas tergiversaciones e inexactitudes había en dichas informaciones, sorprendentes hasta sobre el telón de fondo de los concimientos generales sobre América de aquel entonces.

Cuando se escribe sobre la escasez de información debe tenerse presente que una situación similar tenía también lugar en otros países europeos de aquella época. Por otro lado, pasaba algo similar con el conocimiento de la historia antigua, a pesar de que se escribía de ella mucho más que sobre «las dos Indias». La frecuente información sobre la Grecia y Roma antiguas tampoco iban acompañadas de un efectivo crecimiento de concimientos relativos a ellas. Pues el verdadero objeto no era éste, sino la multiplicación de ejemplos moralizadores y sublimes que podían extraerse de las obras de autores antiguos.

42. J. Kwiatkiewicz: *Przydatek rocznych dziejów kościelnych ...* [Apostilla a la historia anual de la Iglesia], Kalisz 1706, p. 902.

La vida de los grandes descubridores y conquistadores se la contemplaba desde el punto de vista de las enseñanzas morales que se pudieran deducir de la misma. Los primeros triunfos de Colón, interrumpidos en un momento determinado, en 1500, cuando fue detenido y llevado en cadenas a un tribunal en España, despertaban no solamente una reflexión amarga sobre las vicisitudes de la fortuna en la vida del hombre. El hecho de que se condujese a Colón encadenado, como «a un perro hediondo de la India» ante el rey a quien tantas tierras y riquezas y nobles metales había propocionado, se veía, por un lado, como ejemplo de una terrible ingratitud, y por otro lado, como prueba de las desgracias que podía ocasionar la envidia y la maldad humana. Las razones didácticas hacían subrayar que en definitiva los enemigos de Colón habían sufrido una derrota: p.ej. Francisco de Bobadilla, comisario del rey quien había ordenado poner las cadenas a Colón acabó en un naufragio con todo el cargamento de oro que había reunido. «Columbus, mientras tanto, fiel seguidor de los mandamientos de Dios/ No perdió nada por ello de la amistad del rey/Ni de su posteridad» — escribía en una de sus poesías M. Ignacy Kuligowski (1699)⁴³.

Tanto los teólogos como los geógrafos o poetas parecían estar más interesados por el perfil psicológico de los grandes navegantes y por los móviles que les habían inducido a emprender las expediciones que por la historia de éstas. Los destinos no solamente de Colón, sino también de Magallanes, Vespucci o de Vasco da Gama daban ocasión para enseñar por qué móviles debía guiarse uno a la hora de llevar empresas difíciles y peligrosas y cuáles habían de ser los rasgos de carácter de quienes las podrían realizar. Al escribir sobre Colón se acentuaba, pues, que lo que a él le había movido era principalmente su religiosidad, o sea el deseo de propagar la fe verdadera en otros continentes. En las relaciones sobre él se presentaba frecuentemente este aspecto en el primer plano. Jakub Kazimierz Haur coincide en este caso con Botero y éste con las opiniones de la historiografía española del siglo XVI, la cual sostenía que Dios le había inspirado a Colón con el viaje allende el océano para unir los pueblos indios a la Iglesia.

43. J. Tazbir, *Christopher Columbus in Early Polish Literature*, «Acta Poloniae Historica», vol. 25: 1972, p. 120.

Sin embargo en esta motivación teológica se podía advertir rasgos que denotaban que la misma había sido creada en la época de Renacimiento y no en la Edad Media. Así pues se recordaba que Colón no era un hombre simple, como los primeros apóstoles a quienes tan sólo la influencia del Espíritu Santo les permitió emprender a obra misionera. Al Gran Genovés se le llamaba en Polonia un navegante excelente, un gran conocedor de mapas, un astrónomo experimentado y matemático, o sea hombre preparado en todos los aspectos para realizar viajes tan largos y tan peligrosos. Por otra parte, a nadie le cabían dudas de que los resultados de estos viajes habían sido provechosos no solamente para la Iglesia, sino también para la corona española. Ello lo reconocían hasta los escritores católicos de la época de la Contrarreforma; Haur llamaba incluso a Colón «el quien abre [...] caminos a la superioridad española», mientras que Andrzej Wargocki escribía todavía antes que el rey español le había mandado (a Colón) allende la mar por querer agrandar su país. Y no se decepcionó con él — continuaba — ya que este valiente nevegante «había descubierto [...] islas innumerables, llenas de riquezas y gentes que sometió al dominio de su señor»⁴⁴.

La motivación renacentista de los móviles que habían guiado a Colón se patentizaba aun mejor en la opinión formulada por Paweł Łeczycki. En el prefacio a la traducción al polaco de la obra de Botero (1609) nos encontramos con la opinión de que el gran navegante había ampliado enormemente el círculo del universo heredado de los antiguos y en que la gente empezaba a sentirse hacinada. Colón «como si estuviera descontento con la estrechez de este mundo» asumió el riesgo de emprender una expedición a mares que nadie había conocido antes. Por el camino supo salvar las trabas que le ponían otros, quienes le disuadían de emprender un viaje tan peligroso, movidos por la cerrazón de sus mentes. A pesar de que los reyes portugueses la habían denegado ayuda a Colón, éste no abandonó sus esfuerzos, pensando incluso dirigirse a la corte francesa o inglesa. No obstante, la firmeza y la persistencia en la persecución del fin resultaron gratificadoras: pues, habiendo ganado el apoyo de Juan Pérez, el confesor de la reina, llegó a las nuevas

44. *Ibidem*, p. 117.

tierras. La moraleja era clara: a nadie la naturaleza había denegado la posibilidad de «hacer extender su poderío también a países lejanos», según lo demostraba nítidamente el caso de Colón y de otros navegantes españoles y portugueses⁴⁵.

En sus albores el Renacimiento daba a primacía inapelable al mundo antiguo en casi todas las esferas. Gracia a Colón y a sus émulos, ya en el siglo XVII surgió en Polonia la convicción de que los navegantes modernos habían resultado mejores y más valientes que los antiguos y los medievales quienes, según escribía Leczycki, durante cinco mil años habían estado buscando en vano una cuarta parte del mundo, conciando tan sólo los territorios africanos y asiáticos. El orgullo derivado de este hecho iba creciendo. El jesuita y poeta cracoviano del siglo XVII, Albert Ines, al citar en el prefacio a sus poesías numerosas pruebas de la superioridad de sus contemporáneos respecto a los antiguos, enumeraba también el descubrimiento de las nuevas tierras y nuevos océanos desconocidos de los antiguos. Wespazjan Kochowski, mientras tanto, hacía una oposición entre los barcos antiguos, en que los navegantes no se atrevían a hacerse a la mar, y los nuevos galeones, capaces de llegar hasta a América.

La fama de Colón, en particular, anunciaba también en Polonia la aparición de un nuevo tipo de héroe. Antes era un rey o un santo (a veces se fundían en una misma persona de rey canonizado), gran caballero, famoso por las guerras ganadas, bien, una reina generosa con los pobres. Colón no era uno de ellos: no provenía de una familia opulenta, no fue canonizado; descubrió reinos que luego otros conquistaron. Representaba, en cierto sentido, un nuevo tipo de héroe que tenía méritos no solamente ante su monarca. Por tanto no es casual que Brożek compare los logros de Copérnico, un representante de la ciencia, con los de Colón. En opinión de Brożek, por otro lado, al astrónomo polaco le correspondía una mayor gloria ya que «había movido a la Tierra», mientras Colón solamente había ampliado los límites del mundo conocido. Detrás de este reconocimiento de los méritos del gran genovés, si no por parte de toda la humanidad, sí por parte de toda la Europa cristiana, estaba escondido el sentimiento de comunidad de intereses a los que,

45. *Ibidem*, pp. 118–119.

precisamente servían las expediciones de Colón, Magallanes o de Vespucci. Al glorificar al descubridor de América se alababa a alguien allegado, a una personas cuyos actos y móviles eran fáciles de comprender. Uno elogiaba la valentía de un hombre que no solamente tenía la misma religión que la suya, sino también el mismo color de piel, se ensalzaba el talento y el valor de un habitante del continente patrio, en una palabra — de un europeo. Los méritos de Colón y de otros grandes navegantes, también en el suelo polaco, propiciaron el desarrollo del naciente eurocentrismo. En la propia situación geográfica de nuestro continente se veía la voluntad consciente de la Providencia que de esta forma deseaba hacer más fáciles a sus habitantes las largas travesías en barcos de vela. En la traducción al polaco de la obra de Botero se podía leer, seguramente con satisfacción, que el mar baña tantas provincias de Europa para que ésta «pueda dominar Africa, Asia y América hacia que se inclina y como si les tendiese la mano». Los habitantes de aquellos continentes — continuaba — no podían considerarse como iguales a los europeos no solamente en el campo de la organización estatal, sino también en cuanto al arte de navegar el cual consideraba Botero como la cima de las capacidades humanas⁴⁶.

A pesar de darse cuenta de que las expediciones de Colón habían servido para crear el poderío del imperio español, hacer más grandes sus fronteras y riquezas, en la evaluación de la persona de Colón no incidió ni en el menor grado «la leyenda negra», tan extendida en Europa a partir del siglo XVI. El autor de esta denominación, Julián Juderías, en su famoso libro *La leyenda negra* (1914) la definió como un conjunto de opiniones negativas y no justificadas que obedecían al odio causado por la hegemonía española en el continente europeo y a la envidia de los éxitos coloniales de esta potencia. El historiador argentino, Rómulo de Carbia, en el libro *La historia de la leyenda negra hispano-americana* (Madrid 1944) escribe sobre la variante colonial de la «leyenda negra» que se reducía a la tesis de que España al conquistar el Nuevo Mundo con el uso de la fuerza y métodos sumamente brutales, se dispuso al exterminio de los indios que allí vivían.

46. Compárese J. Tazbir, *European Consciousness in Modern Times*, «Hemispheres», N° 3, 1987, p. 14

También en Polonia en la picota de las opiniones negativas sobre los españoles se encontraban la mayoría de conquistadores de quienes, por otra parte, se escribía tanto en la República nobiliaria, como en los demás países europeos, con más ganas y frecuencia que sobre los grandes descubridores. La espada vencedora y el brillo del oro siempre han despertado más emociones que las expediciones de los navegantes, menos efectistas. Del mayor renombre en Polonia gozaban Cortés y Pizarro quienes ensombrecían a los demás conquistadores. No obstante, mientras a Cortés, por lo general, se le alababa por su valentía y su gran hombría de bien que demostrara tanto respecto a sus soldados como respecto a sus enemigos, Pizarro era objeto de fuertes críticas de índole moral. Así pues, se escribía mucho, entre otros, sobre el estrangulamiento de Almagro en la cárcel de Cuzco (1538) por orden de Pizarro a quien, por su parte, le asesinaron cinco años más tarde los partidarios del hijo de su víctima. En la trágica muerte de Pizarro se veía también el castigo de la Providencia por haber traicionado al rey de los incas, Atahualpa. Pues el conquistador se había coprometido a poner en libertad al rey si éste le pagaba un enorme rescate. Después de haber recibido la cantidad de oro y plata exigida Pizarro ordenó levantar un juicio contra Atahualpa y cuyo efecto éste fue condenado a muerte en garrote.

El faltar a la palabra dada, cosa indigna de un caballero y cristiano, lo condenaban en los siglos XVI–XVIII los escritores de diferentes credos y nacionalidades. Entre los polacos lo mencionó Paweł Piasecki (1645) muy escandalizado con el hecho de que Pizarro ordenase dar muerte a Althualpa «a pesar de la palabra dada», y también un gran número de los súbditos suyos mandó asesinar como animales, después de lo cual pereció él solo, matado por sus compañeros, «indignados con tanta crueldad»⁴⁷. La decadencia moral de los conquistadores de América debía de servir al lector y espectador polaco (pues las luchas internas de los conquistadores se representaban también en las tablas del teatro jesuita) como advertencia de que la codicia y la ambición desenfrenada conducen siempre a la decadencia. Dios, se indicaba mientras tanto, castiga el haber faltado a la palabra incluso si la misma ha sido dada a un

47. J. Tazbir, *Los conquistadores*, p. 172.

pagano. La condena de Pizarro y las luchas internas entre los conquistadores por autores polacos no era más que una opinión individual y que no impedía nada que hubiese una aprobación del dominio español en la India Occidental y reconocimiento de sus méritos en el campo de la propagación del cristianismo entre los «americanos salvajes» (estos méritos los mencionaba también Piasecki).

No todos, sin embargo, veían la conversión de los indios de la misma manera⁴⁸. La conversión forzosa al cristianismo, método empleado para propagar esta religión, estaba en flagrante conflicto con la práctica y la doctrina de la tolerancia que florecía en Polonia en la época del Renacimiento, y que suponía una libre elección del credo religioso. Las sectas radicales de la Reforma cuestionaban la validez de la conversión hecha con la ingerencia activa del Estado. Los partidarios católicos de la tolerancia veían en los ardorosos misioneros, sobre todo a agentes políticos de una potencia seglar. El recuerdo de la envagelización pacífica de Lituania (1386) inducía a criticar la acción misionera llevada entre los indios por lo lícito y lo ilícito. Todo ello daba pie a un clima de escepticismo sobre todo en lo que respectaba a los éxitos de la Compañía de Jesús en el otro hemisferio los cuales, algunos de los autores vinculaban tan sólo con la supremacía militar española. En el expansionismo español se advertía analogías al desarrollo del Estado de la Orden Teutónica al que, todavía en el siglo XV, pertenecía la posterior Prusia Real. Sobre todo en esa región continuaba vivo el recuerdo de la orden alemana. No eran, pues, tan remotos los tiempos en que los Caballeros Teutónicos invadían y saqueaban los territorios orientales de Europa disimulando con los intereses de la Iglesia su propia expansión política. La alianza de la espada y la cruz, presente en la conquista de América, se la conocía lo suficientemente bien de un pasado todavía reciente para que muchos autores de textos políticos, no sólo protestantes, comparasen a los Caballeros Teutónicos con los jesuitas.

Así pues el polemista católico Jan Szczęsny Herburt en un pamfleto en que atacaba la unión de Brześć (1596) sostenía que en el sínodo de Trento se acusaba al clero español de actuar bajo la protección

48. Compárese J. Tazbir: *Die Auseinandersetzungen um die Mission zwischen den polnischen Protestanten und Katholiken im 16/17 Jahrhundert*, «Neue Zeitschrift für Missionwissenschaft», Jg. 33, 1977, c. 2, pp. 137–144.

del ejército y cañones, y que convertía a los indios por la fuerza y no por «el sermón, la profecía y el milagro». También Brożek se burlaba de los jesuitas afirmando que propagaban el cristianismo en la India Occidental protegidos por soldados y luego se atribuían a sí mismos todo el mérito. «Pues pregunto a quién debe atribuirse más méritos, ¿al ejército o a los jesuitas? ¿Qué podían hacer sin el ejército?»⁴⁹. Con aun mayor contundencia se pronunciaban a este respecto los heterodoxos. Erazm Glicznar, al describir (1598) los crímenes cometidos por españoles en el Nuevo Mundo relataba que cuando los indios aprendieron el idioma de los conquistadores, preguntaron ¿quiénes eran y a qué habían venido a América? Cuando oyeron que éstos eran hijos de Dios, mandados para convertir a la gente a la fe verdadera, se sorprendieron mucho y dijeron que «malo era Dios que engendró a tan malos hijos»⁵⁰. Replicado a estas acusaciones los católicos reproban constantemente a los «herejes» que no se apresuraran a emprender el duro y peligroso trabajo misionero entre los paganos. Por esta razón se comparaba a los protestantes con un ladrón a quien roba bienes ya reunidos, ante todo cuando lo puede hacer sin mayor riesgo (se trataba, evidentemente, de los progresos de la Reforma en Europa). En cambio, no está con ganas — se criticaba — de hacer expediciones a «los turcos, tártaros o a la India». Pues, se argumentaba, a los heterodoxos les infunden pavor las poco conocidas tierras del Nuevo Mundo, tierras habitadas, para colmo, por tribus salvajes y crueles. El ejemplo lo había de constituir el caso de la provincia de Cumaná, ocurrido en 1520 y descrito por Botero. A dicha provincia habían sido mandados misioneros que deberían ocuparse de civilizar y evangelizar a los caribes, indios que habitaban esa provincia. Los indios, sin embargo, prefirieron el saqueo al trabajo y comercio honestos. En consecuencia, los indios atacaron a mano armada a los españoles, matando a una parte de ellos; los demás lograron huir. Por el experimento de Cumaná se interesó vivamente Las Casas. Por ello Botero escribía que los habitantes de Cumaná habían «vilipendiado» al autor de la *Brevísima relación* «y mal le pagaron por el afecto que les tenía»,

49. J. Tazbir: *La découverte*, p. 212.

50. E. Glicznar: *Appellatio*..., Królewiec 1598, hoja 8.

demostrando con ello que todavía no habían madurado para disfrutar los bienes de la civilización. La realidad, no obstante, era un poco distinta: a pesar de las prohibiciones reales no cesaban las incursiones de comerciantes quienes saqueaban a los indios por lo que éstos dirigieron su ira contra los misioneros. Tras la muerte de algunos de ellos, los franciscanos y los dominicos abandonaron Cumaná. Por otra parte, Botero explicaba que a los judíos se los podía convencer por medio de milagros, a los griegos con argumentos razonables mientras «ante el salvajismo de los indios no debe usarse la fuerza y la espada, sino el látigo y el bocado»⁵¹

Al polemizar con la acusación de que no llevaban sus propias misiones, los protestantes recurrían a varios argumentos⁵², a veces totalmente contradictorios. Por un lado, entonces, se explicaba que los adalides de la Reforma habían centrado su atención en Europa por querer derribar el poder del «Anticristo romano» en su principal sede. Una vez que se produzca eso, podrán argumentar — empezar las actividades misioneras en otros continentes del mundo. Además, estas actividades, decían, se veían imposibilitadas por los españoles quienes no dejaban entrar a los protestantes en sus dominios. E incluso si aparecen allí — alegaban — se les espera una muerte cruel, tal y como la sufrieron los pastores hugonotes en las costas brasileñas, por culpa de Villegagnon (1557) o en Florida (1565).

Por otra parte, sin embargo, se mencionaba las misiones protestantes existentes en las posesiones ultramarinas de Holanda, Inglaterra y de países escandinavos. En 1611 un autor calvinista recordaba que sus correligionarios «se lanzar tanto a la India Occidental como a la Oriental. Y es donde muchos de ellos recibieron la corona del martirio»⁵³. Efectivamente, la inquisición, en particular, manadaba a la pira hasta a comerciantes protestantes presos, sin hablar ya de sacerdotes de esa confesión, ni de marinos ingleses que atacaban los barcos españoles.

El principal argumento esgrimido por los protestantes era el de que

51. G. Botero: *Relativae powszechne...*[*Relativae universales...*], parte V, Krakow 1609, pp. 47–48.

52. Merece interés el que los heterodoxos polacos no aludiesen a la postura adversa a las misiones, adoptada por los líderes teológicos de la Reforma — compárese G. Warneck: *Abriss einer Geschichte der protestantischen Mission von der Reformation bis auf die Gegenwart*, Berlin 1910, pp. 6–7.

53. J. Zygmowicz: *Papupompe...*, Pamiowce 1611, p. 359.

bajo pretexto de la labor misionera lo que se estaba dando, era el exterminio de los habitantes indígenas de América, protagonizado — se decía — sobre todo por los jesuitas. En el panfleto anónimo de 1590 (*Equitis Poloni in Iesuitam Actio prima*) leemos que miembros de la Compañía de Jesús eran enviados allí como «exploradores» y primero incitaban rebeliones y sublevaciones para «traer más tarde a los países indios así debilitados el ejército español. Hecho esto, proceden a una feroz matanza y a las gentes que les habían acogido con hospitalidad les niegan [...] hasta la posibilidad de respirar libremente»⁵⁴. El calvinista Krzysztof Krainiński escribía que «en el Nuevo Mundo los sacerdotes evangélicos convertían al pueblo pagano con la palabra de Dios, pero no con la espada, el fuego y el destierro cual hace los jesuitas españoles en ese Nuevo Mundo»⁵⁵. El hecho mismo del vertiginoso descenso del número de indios no lo cuestionaba en Polonia nadie. Las diferencias de opiniones sólo concernían a las causas y las dimensiones de este fenómeno. En Polonia había diferentes estimaciones del número de víctimas: de unos cientos de miles a varios, hasta más de diez, millones. Ello, indudablemente, estaba relacionado con la vaga idea de cuántos indios podían habitar América antes de su descubrimiento. Difícilmente, además se podría reprocharlo a nuestros antepasados si hasta las estimaciones realizadas por investigadores contemporáneos son muy divergentes. No obstante, mientras en el pasado se consideraba fabulosas las cifras proporcionadas por Las Casas quien escribía de 100 millones de indios, actualmente se admite (R. Konetzke y otros) que en América Central y la del Sur podían vivir hasta 75 millones de habitantes.

Cabe recordar que la gente que vivió en los siglos XVI—XVIII trataba las grandes cifras de una manera muy despreocupada. Sobre todo en las descripciones de las batallas se agrandaban las fuerzas enemigas, en algunas ocasiones, diez veces. No es pues de extrañar que los protestantes considerasen como fehaciente la cifra de 15 o 20 millones de indios muertos mientras que los jesuitas sostenían que éstas eran unas cifras impobables ya que superaban varias veces el número de habitantes de América.

54. *Equitis Poloni in Iesuitam actio prima*, sin lugar de edición 1590, hoja B₁.

55. J. Tazbít: «Kopalnia bajetek o wszystkich szczegółów...» (*Postylla Krzysztofa Krainińskiego*) [«Mina de detalles más interesantes...» (*Apostilla de Krzysztof Krainiński*)], «Odrodzenie i Reformacja w Polsce», vol. 28: 1984, p. 224.

Los partidarios de la Reforma se basaban en la conocida obra de Bartolomé de las Casas (*Brevísima relación de la destrucción de las Indias* 1552) quien sostenía que sus compatriotas habían asesinado a 30 millones de indios. Según he mencionado ya al comienzo Bartłomiej Keckermann en sus conferencias se basaba en la autoridad de Las Casas. Recordaba Keckermann, entre otros, la acusación del obispo español de que durante los primeros cuarenta años de su gobierno en América los españoles habían arrasado y saqueado un territorio de superficie superior a la de Europa y una parte de Asia. Al mismo tiempo inferían muchas crueldades a los indígenas robando sus bienes y metando a millones de indios⁵⁶.

Unos años después de Keckermann, Krzysztof Kraiński copió en su apostilla (1617) unos fragmentos drásticos que hablaban de las torturas a las que sometían los españoles a los indios. En autor calvinista agregó que habían resultado más crueles «en la conversión a la fe papal que Vasil, duque de Moscovia, en la matanza de sus súbditos o que los paganos en las persecuciones de los cristianos». Gracias a Kraiński las citas de Las Casas llegaron a los medios heterodoxos lo cual se ve reflejado en el manuscrito *Scandala expurgata* de finales del siglo XVII en que leemos que «Bartholomeus Cassans (¡sic!), obispo español escribe y Kraiński lo cita» que «los españoles convertían por la fuerza a la fe cristiana a aquella gente miserable; a algunos los colgaban y bajo ellos fuego prendían, a otros los quemaban en la parilla de hierro, a otros les cortaban las manos y las piernas etc». Los indios «al ver las fechorías de estos apóstoles nuevos decían: Oh, gente terrible ¿qué os habremos hecho para que nos asesinéis de tal modo?»⁵⁷.

Los propios católicos, por otra parte, reconocían que las luchas entre los conquistadores y la resistencia que les ofrecían los indios, todo ello había causado grandes pérdidas entre la población indígena. En la obra de Botero se podía leer que a consecuencia del contacto con el hombre blanco habían muerto 1.200 mil habitantes del Caribe y un tercio de población de Hispaniola. El resto fue extinguiéndose poco a poco de forma que a finales del siglo XVI no se encontraban ya ningunos indios en esas tierras. Botero infor-

56. J. Tazbir: *La découverte*, p. 206.

57. Biblioteca de los Czartoryski, manuscrito N° 3139 así como J. Tazbir: «*Kopalnia najciekawszych szczegółów...*».

maba asimismo que Pizarro y sus soldados habían matado 1.5 millón de habitantes del Perú.

Sobre «el asolamiento del Nuevo Mundo» escribía extensamente el jurista católico Justus Lipsius cuyos libros se habían ganado una gran popularidad en Polonia. En su obra *De constancia libros dos* (Vilna 1600) leemos que «los iberos» quienes habían llegado hace 90 años «a aquellas tierras desiertas y nuevas» dejaron tras sí montañas de cadáveres segando a los indígenas inermes cual hierbas. Según Lipsius en Cuba, Haití y Yucatán donde hacía años vivía más medio millón e indígenas en algunos lugares apenas seguían viviendo lagunos indios. Un mundo parecidamente desolado, cual por «fuegos celestiales», lo dejaron los españoles en el Perú y en México⁵⁸.

Con menos pesimismo lo presentaban otros autores católicos, pero también ellos informaban que a consecuencia de las luchas entre los conquistadores habían perecido dos millones de indios «a quienes cada cual les quería hacer pasar a su bando». Otras razones de la muerte aducidas era el trabajo en las minas, la peste y viruela, traída a América por europeos. Gran parte de indígenas, según los cronistas, moría por su propia culpa, por excesos en comida y bebida y finalmente, por la «soberbia resistencia» que ofrecían al hombre blanco. Lo describe detalladamente Haur quien afirma con un cinismo inconsciente que la culpa la tenían los propios indios ya que armados tan sólo con arcos y lanzas libraban «guerras severas» a los europeos, pertrechados con armas de fuego. Evidentemente, ninguno de los escritores católicos podía admitir los cargos que hacía el bando opuesto según el cual los misioneros habían contribuido al exterminio de los indios y menos aun podía reconocer su participación activa en él.

A finales del siglo XVI la polémica antijesuita europea, con su principal foco en Francia, se extendió a Polonia. En 1594 el abogado parisiense, Antoine Arnauld, defendiendo la universidad local de la competencia por parte de la Compañía de Jesús la acusaba de haber colaborado en el exterminio masivo de indios. La arugmentación de Arnauld la repitió el polemista y sacerdote luterano Daniel Cramer, activo en las tierras de la Pomerania

58. J. Lipsius: *op. cit.*, hojas 157–158.

Occidental. Su librito *Von der Hauptfrage, an haeretico sit fides servanda* (Leipzig 1602), a pesar de haber sido editado en Berlín tuvo eco en Polonia ya que era una polémica con uno de los sermones de Piotr Skarga, sacerdote de la corte de Segismundo III Vasa.

Siguiendo las pautas del publicista francés escribía Cramer que los jesuitas erradicaban el paganismo «a sangre y fuego» y con la espada que les habían prestado los españoles y que asesinaban, pero no convertían a los paganos. A los varones los mandaban a las minas y a las mujeres a cultivar las tierras. Los matrimonios sparados de esta manera no tenían hijos lo que contribuía aun más al descenso del número de habitantes. En el Perú los tiranos jesuitas, en colaboración con los soldados españoles, — escribía — organizan cazas de hombres como si fuesen animales y los torturan para que les entreguen los tesoros escondidos. Dejas que los devoren lla fieras (cuando mandan a los indígenas a recoger miel y cera) — continuaba — o los tiburones cuando les hacen buscar perlas en el mar. Si los jesuitas lleven a los indios a la guerra no les dan nada de comer de forma que los maltrechos indígenas tienen que comer los cuerpos de sus enemigos. Cuando los transportan por mar — escribía — hacen subir a los barcos a tres veces más hombres de los que pueden caber y mantenerse en vida. Durante la travesía tiran un sinnúmero de cadáveres al mar; todo ello es todavía poco se lo compara con otras crueldades de las que son capaces los jesuitas.

Una réplica al libro de Arnuald la escribió, entre otros, el jesuita francés Luis Richeome quien empleaba el seudónimo de Montanus. La traducción al latín de su obra (hecha por Jakub Gretser) fue publicada en Cracovia ya a finales del siglo XVI. Richeome estaba de acuerdo en que los españoles trataban a los indios de una manera implacable e inhumana. Sin embargo estos hechos habían tenido lugar antes de que fuese creada Societatis Iesu que, según reconocen numerosos historiadores, no era nada responsable de las crueldades perpetradas por los conquistadores. Todo lo contrario — sostenía Richeome — en cuanto a las actividades de los jesuitas en Brasil (desde 1549) el Perú, México o en Florida (desde 1565) no se hacen ningunos cargos. Todos ensalzan su humanitarismo y misericordia que han demostrado en la conversión de los indígenas.

El jesuita polaco Fryderyk Bartsch, desde 1600 confesor de Segismundo III Vasa defendía también a sus compañeros de la orden. Rebatía una tras otra las acusaciones de Arnauld — Cramer, entre ellas las que hablaban de la matanza «a sangre y fuego» de veinte millones de indios supuestamente perpetrada por los jesuitas. En primer lugar, afirmaba Bartsch, no había tantos indios en todo el continente y en segundo lugar, incluso suponiendo que los españoles hubiesen hecho semejante matanza, la misma hubiera debido durar tanto que los habitantes primitivos de América se habrían escondido eficazmente en las selvas. Tampoco estaba en interés de los conquistadores matar a «indios pobres y desnudos», tanto menos que habían renegado de sus dioses. El sano juicio llevaba más bien a mantener con vida a los indígenas y convertirlos en esclavos; pues de haberlos asesinado ¿quién trabajaría para los españoles? No obstante, reconoce Bartsch que durante los primeros 40 años de su dominio en América los españoles gobernaron allí a usanza de tiranos por lo que, indudablemente, Dios castigará a los culpables si no en este mundo, en el otro.

Las acusaciones que se hacían a los jesuitas eran relativamente fáciles de rebatir tanto más que algunos de los autores trataban con bastante libertad la cronología y escribían que la orden estaba presente en América ya desde 1492. Los cargos similares no se hacían a los franciscanos y dominicos, en un primer período más activos en la India Occidental que los jesuitas. Los ataques a éstos obedecían, por un lado, a la excepcional antipatía o hasta odio que se tenía hacia ellos en toda la Europa protestante, y, por lado, a la convicción de que la Compañía de Jesús estaba ante todo al servicio de la monarquía española deseosa de conquistar el mundo entero. Tal opinión se la tenía también en Polonia donde en el primer período de la Contrarreforma los jesuitas se convirtieron en sus adalides; es también una coincidencia interesante que sus casas conventuales fueran erigidas en las tierras de la República al mismo tiempo que en América (Braubsberga 1565, México 1572). Tanto aquí como allí los miembros de la orden actuaban en aras de la defensa de la religión mientras los polemistas antijesuitas veían en sus actividades la subversión política a favor del monarca español. Una relación estrecha entre las actividades misioneras de la Iglesia en América y justamente con la protección del rey no presentaba

ninguna duba tapoco para los escritores polacos de los siglos XVI—XVIII.

También los activistas de la Contrarreforma trazaban ciertas analogías, esta vez, claro está, de signo positivo. Aludiendo al hecho de que en los siglos XVI—XVII las tierras abandonadas o bien intactas desde el punto de vista misionero se llamaran la India, los jesuitas con bastante frecuencia calificaban con este término las tierras orientales de la República. Estaban Batory, por su parte, al dirigirse a miembros de esta orden escribía: «no envidiéis a los portugueses y los españoles los mundos extraños en Asia y en América [...] ya que están aquí cerca Indias y Japones entre el pueblo ruso»⁵⁹.

En las disputas sobre las guerras justas a injustas que se desarrollaron en la República en los siglos XVI—XVIII, con bastante frecuencia se discutía la cuestión de si la conquista de unas tierras ajenas estaba en conformidad con el derecho de las naciones. Como un ejemplo negativo se ponía, entre otros, el caso de España que se había apoderado de una parte de América. Parece que el primero en mencionarlo fue Keckermann. En sus conferencias, pronunciadas en 1606 en la ciudad de Gdańsk, Keckermann se preguntaba si un monarca cristiano, movido por el ansia de ganancias y el deseo de aumentar el territorio de su Estado, podía subyugar a pueblos salvajes y bárbaros que a él no le habían inferido ningún perjuicio y si las tierras así dominadas se las podía considerar propiedad legal del conquistador. El pedagogo de Gdańsk daba una respuesta negativa: según Keckermann sólo el deseo de civilizar a los indios y de implantar entre ellos el cristianismo habría podido justificar semejante conquista. Como, en realidad, los españoles no perseguían esta meta, la conquista española de una parte de América difícilmente se la podría considerar justa y fundamentada. Con esta opinión, expresada por Keckermann, estaba generalmente de acuerdo el medio heterodoxo; baste recordar a Krzysztof Drohojowski quien a mediados del siglo XVII defendió en Breda (Países Bajos) una tesis doctoral en que se hacía una oposición entre las guerras santas llevadas por el emperador y el rey polaco en defensa del cristianismo y las que, so pretexto de propagar la fe, llevaban en la

59. J. Tazbir: *La découverte*, pp. 206—208.

India Occidental los españoles. El insigne teólogo sociniano, Samuel Przypkowski escribía: «lo que vale entegarse sin resistir a la conmiseración del enemigo» lo han experimentado los habitantes de las islas del Océano Atlántico, sojuzgados por los españoles. La cuestión de la legalidad de la conquista de América se la estudiaba con bastante frecuencia en la Prusia Real. El escribano del Concejo municipal de Toruń, Jan Sachs, en su tratado *De scopo Republicae Polonicae* (1665) subrayaba que numerosos juristas, con Hugo Grotius a la cabeza cuestionaban la legalidad del dominio español en la India Occidental. En 1703, en la ciudad de Toruń se celebró una discusión pública para contestar la pregunta de si los españoles habían estado en su derecho al subyugar a los indios «bajo pretexto de su conversión». La respuesta era una condena inequívoca del invasor.

Dos años más tarde el profesor del colegio de Toruń, Paweł Pater, queriendo celebrar el 65 aniversario de la recuperación de la libertad por Portugal propuso como tema de una discusión que solía celebrarse semanalmente, la pregunta de si los portugueses tenían derecho a separarse de España. En el resumen del debate en cuyo curso los alumnos consideraron diferentes aspectos de la cuestión, Piotr Pater hizo constar que había habido tanto razones económicas y políticas, como las morales y militares para que Portugal se librara del dominio español. Uno de los argumentos era que seguirían el ejemplo de los portugueses también otros pueblos avasallados por España. El movimiento de liberación en la Península Ibérica lo podían aprovechar también las colonias españolas en la India Occidental; también otros habitantes del continente occidental se sublevarían para luchar contra la opresión colonial de los holandeses y portugueses. Así pues Pater consideraba a España como el cimiento de la dominación de la raza blanca en América.

Por dichos problemas se interesaba también Samuel Fryderyk Willenberg, de origen silesiano, desde 1701 profesor de derecho público e historia del colegio de Gdańsk. Se especializaba particularmente en el derecho internacional. En su opinión no se podía considerar como justa razón de una guerra el desubrimiento de unas tierras ya habitadas por alguien tal y como lo habían hecho los españoles en América. Pues, se pueden descubrir tan sólo cosas que no son

propiedad de nadie. El Nuevo Mundo, en cambio, ya estaba habitado por numerosos pueblos. A los españoles no les podía justificar que éstos eran unos pueblos improbos; pues también tales pueblos tienen derecho a poseer las tierras ya que este derecho no se deriva de buenos modales de los habitantes de un territorio, sino del mero hecho de vivir en él. Quién haya tenido alguna cosa en propiedad suya tiene derecho a seguir poseyéndola y no se la puede arrebatar. Por otro lado no hay ninguna prueba de que Dios encargara a los españoles de dar particular tutela a otros pueblos⁶⁰. El que estos problemas fueran discutidos justamente por juristas luteranos de la Prusia Real indudablemente estaba relacionado en gran medida con la animosidad que sentían los medios heterodoxos de toda Europa por España. Eran solamente sus posesiones coloniales las que se cuestionaban, a pesar de que en ese mismo período se desarrollaba la expansión colonial inglesa, holandesa y francesa. Se trataba pues, de condenar el expansionismo español en que se advertía muchas veces una analogía con el desarrollo del Estado de los Caballeros Teutónicos. Ello concordaba con la función que desempeñaba la noticia sobre América en la Europa de la edad moderna. Las informaciones exactas, indispensables para el soldado, comerciante o administrador interesaban más bien poco a las masas de profanos cuyo pie nunca había pisado la cubierta de una nao. En las bellas letras y en los textos políticos el lugar de este conocimiento lo «venía a ocupar el mito del Nuevo Mundo, el mito del indio, el mito del europeo en el Nuevo Mundo. En realidad eran unos mitos dobles ya que en cada caso se podían distinguir opiniones contrarias. Pues América no era más que un protexto en la lucha ideológica que tenía lugar en la Europa de aquellos tiempos»⁶¹. Ese continente se había convertido, por un lado, en un símbolo al que cada cual daba otro significado y, por otro lado, en una fuente de lecturas interesantes que constituían un eficaz remedio, como en el caso de los nobles polacos, contra el aburrimiento propio de la existencia campestre. En este aspecto Polonia no difería mucho de la Europa de aquel entonces, Europa cuyos habitantes en un principio no podían darse

60. Mas ampliamente sobre el mismo tema: *ibidem*, pp. 209 - 211.

61. A. Maczak: *Pióro pisze Troja...* [La pluma escribe Troia], «Kultura», N° 12, 1965.

cuenta de lo multifacéticas y complejas que iban a ser las consecuencias de los grandes descubrimientos. Haciendo caso omiso de las consecuencias económicas puesto que ellas solas podrían ser el tema de un artículo aparte, esta influencia se hizo visible también en la conciencia social. No obstante, ello se produjo con un considerable retraso. España, por razones más que obvias, constituía una excepción, pero en la Italia o en la Inglaterra del siglo XVI no se podía hablar de una importante influencia del descubrimiento de la India Occidental en la mentalidad de la gente. En la publicaciones de aquella época se dedicaba relativamente poco espacio a este acontecimiento; el verdadero descubrimiento de América por la opinión pública francesa se produjo con un retraso de cien años, a comienzos del siglo XVII⁶². En el período comprendido entre 1480 y 1609, en Francia fueron editados cuatro libros sobre Asia y Turquía contra uno sólo dedicado al Nuevo Mundo.

Una desproporción aun mayor en cuanto a los puntos de interés debía darse, evidentemente, en la República nobiliaria ya que ésta se sentía directamente amenazada por la Sublime Puerta y no sacaba provechos materiales directos del descubrimiento de América. Sin embargo, el descubrimiento pasaba paulatinamente a imprimir visibles huellas también en la mentalidad de los polacos de aquella época. Pues si los polemistas confesionales católicos subrayaban que la abundante cosecha misionera que se recogía en América y en Asia era una recompensa por las pérdidas que había sufrido la Iglesia a consecuencia del desarrollo de la Reforma, ésta era al mismo tiempo la primera concepción que unía en un todo la historia de los tres continentes. La propagación del catolicismo en ellos constituía al mismo tiempo un argumento a favor del carácter universal de esta institución, a diferencia de las Iglesias reformadas, y por consiguiente, a favor de la veracidad de la misión profesada por Roma.

En este artículo he presentado muchas pruebas de que los éxitos militares y misioneros del hombre blanco en otros continentes también en Polonia sirvieron para consolidar el eurocentrismo en su fase temprana. Ello era parejo a la falta general de comprensión

62. A. Dupront, *España et Humanisme*, «Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance», vol. 8, 1946, p. 7.

para los valores inmanentes de las culturas conocidas a consecuencia de la conquista de América o de grandes territorios de Asia. Estas civilizaciones, paganas y bárbaras al mismo tiempo, se las consideraba indignas de existir en el futuro, y a lo sumo aptas para ser adaptadas (o sea civilizadas).

El que en la Prusia Real en los siglos XVI y XVII se pusiera en duda con tanta frecuencia el derecho de España a tener posesiones coloniales en América no se traducía en una condena de la conquista de las tierras de ultramar por otros países europeos. También Jan Mochinger, profesor de retórica del colegio de Gdańsk quien censuraba la política expansionista del imperio español, hablaba con reconocimiento sobre la idea de «la creación de países coloniales» en cuanto tal.

En la hoy desaparecida obra teatral, representada en el siglo XVII y XVIII en el colegio de Toruń se planteaba la posibilidad de crear en América una colonia fundando allí una «Nueva Polonia»⁶³. Evidentemente no es casual que esta primera idea sobre las colonias polacas surgiese en la Prusia Real, tierra tan ligada al Báltico ni es causal tampoco que los primeros intentos de fundar una colonia en la lejana América los emprendieran vasallos de la República de la Costa báltica. Así pues el elector de Brandenburgo, Federico Guillermo, obtuvo de Dinamarca en 1685 el derecho de fundar un asentamiento en la Isla de Santo Tomás, del archipiélago de Antillas Menores. Otro vasallo de la República, Jacobo Kettiler, duque de Curlandia, desarrolló unas actividades mucho más amplias en este campo. Ya en 1651 mandó a Gambia un barco con un centenar de soldados bajo el mando de su agente Joachim Deniger. Al rey africano Cumbo le compró la Isla de San Andrés, distante unas diez millas de la desembocadura del río Gambia y un pedazo de tierras a orillas del mencionado río. En la isla fue erigida una plaza fuerte y una factoría comercial que practicaba comercio de intercambio con los indígenas. Paralelamente el duque Jacobo proyectaba organizar con ayuda del rey polaco y del papa (Inocente X en aquella época) una gran flota de 40 navíos, capaz de dominar territorios en América, correspondiendo a Polonia tierras al Norte del ecuador. La muerte del papa Inocente X y la invasión

63. J. Tazbir: *Zainteresowanie Nowym Światem* [Interés por el Nuevo Mundo], p. 40.

sueca de Polonia (1655) impidieron que se llevaran a cabo estos planes audaces. En 1652 Jacobo compró también a un amirante inglés a isla de Tobago (en el Caribe). Allí fue erigida una fortaleza y fundados varios asentamientos que contaban, parece, con hasta 12 mil habitantes (p.ej. fue fundada la Nueva Mitawa). En 1658, después de que Jacobo fuera hecho prisionero de los suecos Tobago fue dominado por holandeses; la misma suerte tuvieron las posesiones de Curlandia en Gambia que, finalmente, cayeron en manos de los ingleses. El duque, no decepcionado con ello, emprendió todavía varias expediciones a Tobago y Africa (en 1668, 1670, 1675, 1677) pensando también conquistar para su pequeño Estado la isla de Trinidad que llamaría Nueva Curlandia. Todos estos planes, no obstante, no fueron llevados a cabo, tanto menos que Polonia no demostraba ningún interés por ellos⁶⁴.

En la Europa Occidental se empezó a relacionar las perspectivas de cambio para mejor de los destinos de las naciones con el conocimiento y la conquista de las nuevas «islas» en que los colonizadores blancos parecía que iban a encontrar cantidades ingentes de oro, plata y raíces. No obstante, en el caso de Polonia, la expansión hacia el Este y el conocimiento de los peligros que podían surgir de allí o del Sur, desviaban la atención de los audaces navegantes que atravesaban el Océano Atlántico o el Indico, Inglaterra, Portugal, Países Bajos y España, todos estos países no encontraban en sus cercanías inmediatas terrenos despoblados o poco habitados, o sea susceptibles de colonizarlos, mientras la República tenía los *Dzikie Pola* [Campos Salvajes] en Ucrania, tal y como Rusia disponía de Siberia y las tierras de los khanes en el Sur. No es pues de extrañar que ambos países orientasen su expansión territorial en los siglos XVI y XVII hacia Este (o hacia Sureste) y no se inclinasen a emprender expediciones ultramarinas, largas y peligrosas.

Esa mismo auge demográfico que empujó a los hidalgos españoles o a la *gentry* inglesa a emprender viajes hacia América o la India, a los polacos los hacía asentarse en los *Dzikie Pola*. Pese a que Krzysztof Opaliński se quejaba de que a los territorios del Nuevo Mundo se viajase un año entero y a Ucrania apenas dos semanas: A Ucrania la conocemos menos que

Los holandeses a Brasil, a India y al Nuevo Mundo.

⁶⁴ Comparese O. H. Mattiesen, *Die Kolonial- und überseepolitik der kurländischen Herzöge im 17. und 18. Jahrhundert*, Stuttgart 1940, *passim*.

En realidad, hasta mediados del siglo XVII, o sea paralelamente a la expansión española, holandesa o inglesa en otros continentes, la colonización polaca en *Dzikie Pola* avanzaba enérgicamente. Es verdad que había zonas poco pobladas, o hasta sin señor alguno, pero el mismo fenómeno lo encontramos todavía en el siglo XIX en las tierras occidentales de Estados Unidos. Tanto las tierras ucranianas, como las americanas las atravesaba esta frontera móvil (*moving frontier*) de colonización humana que discurría dentro de un Estado y sufría desplazamientos de diferente carácter.

Avidos de riquezas y fama los conquistadores polacos veían en Moscú su «India». En los folletos de propaganda de la época el Este se lo presenta como un país de posibilidades ilimitadas, llena de riquezas ingentes y mal vigiladas que los rusos escondían de los forasteros. De entre muchas obras sobre este tema se puede citar *Polska niżna* [*Polonia baja*] de Piotr Grabowski (1596); Grabowski emplazaba a los hidalgos polacos a emprender expediciones allende el río Volga para iniciar allí una colonización polaca a gran escala. «Los terrenos en que pudiesen afincarse [...] son muchísimos y se extienden hasta la India» — escribía Grabowski. A las conquistas coloniales de países europeos, sobre todo de España y Portugal, aludía en 1609 el bernardo Paweł Łęczycki quien afirmaba que «unos centenares de españoles varias veces lograron combatir a cien mil indios. Puede que esté Moscú mejor armado que aquellas gentes, no lo sé si son más valientes». En un tono similar se pronunciaban también Szymon Starowolski, Krzysztof Warszawicki y Paweł Palczowski (en *Kolęda moskiewska* [*Villancico de Moscú*], 1619)

Palczowski incitando a emprender una expedición contra el vecino del este, ponía de ejemplo la India Oriental y Occidental «que dan barcos enteros de piedras preciosas, perlas, oro, plata y raíces como premio por los primores de quienes las ganaron con su supremacía, valor y bravura». No es causal que Paweł Łęczycki dedicase la traducción del Vº libro de la obra de Botero (sobre el Nuevo Mundo) a Paweł Mniszech, iniciador de la primera expedición contra Moscú. En el prefacio, escrito en 1609, Łęczycki recordaba al voivoda que había tenido un sueño igual al de los españoles antes de la conquista de América: vio a un águila caerse al suelo bajo los picotazos de otras aves. Este sueño lo proviene de Dios y Moscú caerá tal y como había sucedido con el país de los

incas⁶⁵. Así pues en el período de la más activa expansión colonial de España, Inglaterra, Francia o Países Bajos, en las tierras más vecinas de la República se podían encontrar posibilidades no sólo de enriquecerse, sino también de una promoción social mediante la posesión de grandes, a veces, explotaciones.

Debe tenerse presente que en las expediciones contra Moscú participó tan sólo una parte de nobleza. En cambio, entre la mayoría de representantes de este estado las noticias sobre el descubrimiento de América, habitada por tribus salvajes y peligrosas, consolidaban la convicción de que era mejor la suerte de un terrateniente, amante de hogar, que la peligrosa vida de un navegante o conquistador. Por ello no había quien decidiera emular a esa gente, tanto menos que ante las travesías de mares lejanos se tenía una postura decididamente desconfiada. Esta postura era expresada principalmente en la poesía, pero también en memorias de polacos que atravesaban mares europeos de las que se desprende que estos viajes estaban acompañados de miedo. Por ello también se daba tan efusivas gracias a Joachim Bielski, gracias a cuya obra (y de su padre, Marcin) *Kronika* estado sentado uno tranquilamente en casa podía enterarse:

De lo que ocurre en Asia y en los países septentrionales,

En Europa, en Africa y en el país de los fuertes persas...⁶⁶
Hasta los comienzos del siglo XVIII las entretenedoras lecturas del libro de Bielski o de Botero venían a sustituir plenamente los viajes lejanos y pocos eran los que se decidiesen a confrontarlos con la realidad y comprobar si la exótica América era realmente un país «lleno de rarezas» en que abundaban no solamente cocodrilos y canibales, sino también ingentes yacimientos de metales nobles. La situación cambió radicalmente con la Ilustración que llegó a Polonia con cierto retraso y que se prolongó hasta los años veinte del siglo XIX. Sin embargo, mi intención no es la de referir todos los conocimientos sobre América existentes en aquella época ya que ello ocuparía demasiado sitio. Me limitaré a afirmar que a mediados del siglo XVIII se produjo en este campo un cambio cuantitativo y cualitativo gracias a la introducción de geografía como asignatura

65. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], pp. 85–86.

66. «Archiwum do dziejów literatury i oświaty w Polsce» [Archivo de la historia de literatura y educación en Polonia], vol. 10, 1904, p. 27.

independiente en los colegios llevados por jesuitas y escolapios. Un paso más lo franqueó una profunda reforma del sistema escolar a cuyo efecto la enseñanza pasó de las manos del clero a las del Estado. Los programas nuevos, elaborados bajo la supervisión de la Comisión de Educación Nacional (el Ministerio de Educación de la época) hacían hincapié en ampliar los conocimientos geográficos de los alumnos. Poco a poco las relaciones de los misioneros dejaban de ser la única fuente de información sobre las otras partes del mundo. Los relatos que resaltaban principalmente la cuestión de la propagación de la fe venían siendo sustituidos por informaciones que facilitaban viajeros o por los primeros intentos de síntesis geográficas a históricas concernientes a la conquista de América y a las relaciones políticas reinantes en aquella zona.

Gracias a ello la imagen colectiva del indio fue sustituida por unas opiniones más diversificadas sobre representantes de diferentes etnias que poblaban diversas regiones de América. En los colegios jesuitas y escolapios y, más tarde, en las escuelas de la Comisión de Educación Nacional se presentaban el carácter y las aptitudes del indio en función de la tribu y el lugar de los que provenía. Estas informaciones los autores las copiaban muchas veces uno de otro y, en la mayoría de los casos, aprovechaban manuales de geografía extranjeros, normalmente los franceses.

A los hurones y algonquinos que habitaban los terrenos del que hoy día es Canadá, se los calificaba de valientes, combativos y sensatos, pero propensos a la crueldad. En cambio, gozaban de una opinión excelente los habitantes indios de la Nueva España y del Nuevo México. Entre muchas virtudes de su carácter se mencionaban la sociabilidad, la mansedumbre, grandes talentos para la artesanía y la agricultura y, finalmente, su laboriosidad. Se elogiaba también a los valientes y guerreros araucanos que vivían en Chile, por su amor a la libertad del que habían dado tantas pruebas durante las tenaces luchas con los españoles. En el Perú se distinguía entre los habitantes de las llanuras, que con facilidad asimilaban ciertos conocimientos, y los torpes y perezosos tribus que vivían en los montes. Los que la peor opinión se habían merecido eran los habitantes de la entonces llamada Terra Firma (hoy día Colombia, Venezuela, Guayana y Paraná) y del Brasil portugués. A estos

últimos se los describía como a gente valiente, fuerte y de «larga vida» (longevos), pero salvaje y cruel.

No voy tampoco a ocuparme de la posición que adoptó la opinión pública polaca ante las luchas de las colonias inglesas en América por independizarse de la metrópoli, ya que este problema ya ha sido estudiado a fondo en otros trabajos⁶⁷. Me limitaré a afirmar que en la segunda mitad del siglo XVIII polacos aparecen en América con otro carácter. Además de emigrantes confesionales y económicos aparecen también los políticos. Resultó crucial en este sentido, la estancia en América, a finales del siglo XVIII, de Julian Ursyn Niemcewicz y de Tadeusz Kościuszko. Por primera vez en la historia de Polonia las tierras del Nuevo Mundo sirvieron de refugio para quienes no podían conformarse con que su patria había sido tachada del mapa político de Europa.

Como es sabido, Tadeusz Kościuszko, Kazimierz Pułaski y otros polacos habían participado en la guerra por la independencia de Estados Unidos, lo cual también se lo puede considerar como un punto crucial de la historia de la emigración polaca. En los siglos XVI–XVII todos los polacos que habían llegado a América actuaban representando los intereses de sus poderdantes europeos, fueran seculares (como Arciszewski) o religiosos (como los misioneros). En cambio, Pułaski y otros como él, apoyaron al primer estado de hombres blancos en otro continente que se rebeló contra la metrópoli europea.

Al mismo tiempo, sin embargo, el mito americano que había desempeñado un papel tan importante en la cultura de la Ilustración polaca estaba relacionado principalmente con la historia de ese continente de los finales del siglo XV y el siglo XVI, o sea con su descubrimiento y la posterior conquista. En lo que a los temas se refiere era, pues, la continuación del interés demostrado por América en las épocas de Renacimiento y Barroco. Había, sin embargo, una importante diferencia: por un lado, en este interés imprimieron sus huellas las corrientes ilustradas que llegaban a Polonia, principalmente, vía París. Por otro lado la trágica historia de la República en la segunda mitad del siglo XVIII otorgaba a los

67. Compárese entre otros Z. Libiszewska: *Opinia polska wobec rewolucji amerykańskiej w XVIII w.* [La opinión polaca ante la revolución americana en el XVIII], Lodz 1962 así como I. Sokół: *The American Revolution and Poland.*

† *Bibliographical Essay*, «The Polish Review», vol. 12., Nº 2., 1967.

cuentos sobre las heroicas luchas de los indios con los españoles un segundo fondo muy actual. Mientras en la Europa Occidental se expresaba, ante todo, la indignación por la destrucción de las extraordinarias civilizaciones de los aztecas o incas, en nuestro país se atribuía una importancia mucho mayor a la aniquilación de estos organismos estatales altamente desarrollados. Pues, ellos también, igual que la República, se habían derrumbado a consecuencia de una invasión extranjera, o sea por el uso de la fuerza y la violencia. Bajo la influencia de las propias experiencias y la de los textos que afluan de Occidente se empezó a condenar toda agresión, fueran cuáles fueran los motivos con los que se intentara justificarla. En Occidente el indio encarnaba a menudo el papel de filósofo quien se barlaba incisivamente de la religión; en Polonia se lo presentaba, muchas veces, como a un infeliz combatiente de las luchas por la independencia. Todo ello condicionaba el éxito que pudieran tener las obras sobre los habitantes primitivos del hemisferio occidental. El apogeo de la popularidad de obras de este tipo recae, justamente, en el último cuarto del siglo XVIII y el comienzo del siglo siguiente, o sea en el período de peligro para la existencia nacional y de los repartos de Polonia (1772–1795).

La historia dio una vuelta; mientras a los que participaron en las expediciones contra Moscú se los comparaba con ganas con los soldados de Cortés, y a los rusos con los indios, en la época de los repartos empezaron a trazarse paralelas entre los polacos y las víctimas de la agresión practicada por los conquistadores. Sobre este telón de fondo, ya a finales del siglo XVIII, se iba conformando una ideología que podríamos denominar como una «coartada» colonial polaca: se subayaba co orgullo que no habíamos participado en las conquistas de otros continentes. Por tanto resulta agradable leer la historia de nuestra nación, considerada «como el pueblo más tranquilo del mundo». No conoció, ni la matanza de la noche de San Bartolomé, ni las Vísperas Sicilianas ni la conquista de América. Aun si hubiéramos ido allí, escribía Michał Dymitr Krajewski, nos habríamos portado de manera distinta a la de los conquistadores. Bajo un gobierno de los polacos ni México ni el Perú se hubieran bañado «en la sangre de los indios inocentes»⁶⁸.

68. J. Tazbir: *La crítica polaca*, p. 136.

Durante todo el siglo XIX continuó en Polonia el recuerdo de lo cruento que había sido la conquista; en esa época escribía Juliusz Słowacki en la poesía *Do Michała Rola Skibickiego* [*A Michał Rola Skibicki*, 1832].

El crimen europeo llenó las selvas

Bajo la espada de los Corteses caían los incas.

En 1837 Aleksander Tyszyński presentó en *Amerykanka w Polsce* [*Una americana en Polonia*] el encuentro de un polaco con indios que no sólo maldecían a los conquistadores, sino también al propio Colón a quien calificaban de «primer verdugo y tirano». Respondiendo, nuestro compatriota hacía constar que provenía de un país que nunca había sido enemigo de los «americanos», todo lo contrario, con indignación se enteraba de las noticias sobre la conquista y derramaba lágrimas sobre su suerte⁶⁹.

No es casual que de entre todas las obras de Voltaire la que más popularidad había ganado en la época de la Ilustración fuera la tragedia *Alzire* [*Americanos*] que presentaba la conquista de un pueblo pacífico y noble por unos invasores crueles. Chinard considera, con razón, que, una vez cambiados los nombres, el drama pudiera ser también «una pieza sobre el sitio de Granada o sobre los repartos de Polonia»⁷⁰.

El hecho, constantemente subrayado, de que las enormes huestes de los habitantes primitivos de América se dejaran dominar por unos centenares de agresores se podía igualmente comprender como incitación a la lucha armada contra los ocupantes a quienes tan sólo la pereza y la mansedumbre... de los indios, y no la superioridad en número, abrieron paso a una victoria fácil. Nuestra suposición se ve corroborada por el reconocimiento y simpatía que se demostraba por la resistencia de los indios a los agresores. Muchos escritores de la Ilustración apuntaban con aprobación que en Chile, Perú o Paraguay los habitantes son «tan cuerdos que no dejan de defender su libertad». Aparte de la brava resistencia contra los españoles y los portugueses, se mencionaban también las luchas libradas por los indios a los franceses e ingleses.

En una colección de tratados internacionales, editaba por los escola-

69. J. Tazbir: *Szlachta a konie szlacheckie* [*Los nobles y los conquistadores*], p. 144.

70. G. Chinard: *L'Amérique et le rôle exotique dans la littérature française au XVII et au XVIII siècles*, Paris 1913, p. 238.

pios, podemos hallar este comentario característico de un tratado cerrado por los habitantes de la Isla de San Vicente en el Caribe con los ingleses. Después de quitar la isla a los franceses (1763) decidieron «liquidar» a la población de la misma. Sin embargo los habitantes lucharon por la independencia con una desesperación que les hizo merecedores de respeto de cualquier «nación libre». Al incendiar sus casas, los indios se refugiaron en los bosques y siguieron resistiendo a los ingleses hasta obligarlos a entrar en negociaciones con ellos, como con «un pueblo libre e independiente». Esta relación no era del todo verdadera ya que los colonizadores habían acabado por conquistar la isla. Al escribir este comentario, Franciszek Siarczyński, editor de tratados, deseaba, sin embargo, demostrar, entre otros a los nobles-parlamentarios que justo entonces estaban deliberando en la Dieta de los Cuatro Años (1788 – 1792) sobre el aumento de los efectivos del ejército polaco, que sólo una lucha decidida podía salvaguardar la independencia amenazada. La lucha «que tan sólo se alimentaba con la desesperación», la contrasta con el transcurso tranquilo del primer reparto de Polonia (1772) cuando los agresores no se enfrentaron con resistencia alguna.

No es pues de extrañar que a caballo de los siglos XVIII y XIX fueran publicadas hasta cuatro traducciones de *Alzire*. En el siglo XVIII fue representada muchas veces en los escenarios escolapios, y después de los repartos fue interpretada, entre otros, en Lvov (1818 y 1829) y Cracovia (1821). Los espectáculos que presentaban el exterminio de los indios y su lucha desesperada contra el agresor se los entendía de una manera inequívoca. «Nowy Pamiętnik Warszawski», al elogiar la traducción de Ludwik Osiński destacaba que el personaje que más había gustado a todo el mundo había sido Zamara «que ardía con el ansia de vengar las desgracias sufridas por su patria». Para ofrecer una idea de la calidad de la traducción el autor anónimo de la crítica publicó asimismo dos fragmentos de *Alzire*; los dos, y parece que no por casualidad, demostraban la crueldad de los agresores en... el Perú⁷¹.

Tampoco es causal que en 1781, 1792 y 1801 fueran publicadas tres ediciones sucesivas de *Les incas*, traducidas por Stanisław Kłokocki.

71. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], pp. 140–141.

Se observó con razón que la editada después de la pérdida de la independencia «obra de Marmontel que trataba de un pueblo luchando contra la opresión, cobraba un sentido nuevo, actual»⁷². Ello concierne, sobre todo, a las últimas palabras del himno de los peruanos sobre la muerte, fragmento en que se dice que sólo el sacrificio y trabajo por la patria dan sentido a la vida. Este himno, publicado independientemente por Teofila Glińska (1785) culmina con un fuerte acento patriótico:

No hay más que una manera para elevar la vida sobre la muerte
Dedicar a la patria toda la existencia.

En enero de 1787 fue representado en Varsovia el ballet *Kora i Alonzo, czyli Dziewica słońca* [*Cora y Alonso, o Doncellas del sol*] basado en la obra de Marmontel. En 1797 los motivos de la novela sirvieron de base para el melodrama *Izkahar, krol Guaxary* [*Izkhar rey de Guaxara*] escrito por el conocido dramaturgo y actor Wojciech Bogusławski. Esta obra, con la música compuesta por Józef Elsner, fue representada por vez primera en la ciudad de Lvov en 1797, Bogusławski, buen patriota a la vez que un hábil director de teatro, basó la trama de *Izkahar* en la muy leída en la época historia de la conquista del Perú. Los destinos de ese país, escribía, «tienen algún parentesco con la historia de nuestra patria». A los polacos, pues, les atraía el contenido de la pieza que despertaba el recuerdo de las desgracias recién ocurridas. No es, entonces, de extrañar que después del estreno uno de los críticos alemanes escribiese que a pesar de que el contenido de *Izkahar* había sido tomado de *Los incas* de Marmontel, «adaptado a la actual situación de Polonia [...] gustó mucho». Fácilmente se puede imaginar qué sentimientos debía de despertar al conflicto entre las razones de los vencedores y los argumentos del pueblo conquistado.

La obra que presentaba la lucha de los indios con los españoles en la primera mitad del siglo XVI, presentaba bajo una forma alegórica los acontecimientos del trágico año 1794. Bogusławski quien había sido testigo del sitio y, luego, de la toma de Varsovia y de la matanza de Praga (nombre de un barrio de Varsovia — nota del traductor), perpetuó sus vivencias de aquel período escribiendo:

72. G. Frydrychowicz, *Stanisław Kłokocki w kręgu Puław* [*Stanisław Kłokocki en torno a Puławy*], «Pamiętnik Literacki», Año 50, 1959, c. 33–4, p. 303 así como J. Tazbir: *Rzeczpospolita szlachecka* [*La República nobiliaria*], p. 179.

«¡He aquí la sangre! ... ¡fuego!...cadáveres y escombros que caían por doquier. Huía [...] volviendo la mirada de los hermanos asesinados, pero los gemidos de los agonizantes siguen resonando en mis oídos».

Bogusławski condenaba la violencia que los conquistadores (léase: los rusos) empleaban contra la población civil; no obstante, de los enemigos internos de la patria hablaba con mucha mayor contundencia que de los invasores. En el drama aparece, pues, la aristocracia corrupta que se alía con el enemigo y que está contrastada con el pueblo, dispuesto a sufrir el mayor sacrificio en defensa de su tierra y su rey. Sin embargo, mientras el poco numeroso ejército está acaudillado por un fervoroso patriota, en el personaje de Izkahar, el soberano indio, está encerrada una cierta aversión de Bogusławski hacia el último rey Polaco, Estanislao Augusto Poniatowski quien no estuvo a la altura de las exigencias históricas del momento. El poco enérgico Izkahar está dispuesto a llegar a un acuerdo con el enemigo y no sabe acaudillar a la nación en el momento decisivo. Los magnates traidores mano a mano con el alto clero llevan al país a la perdición.

Las convergencias temáticas van en *Izkahar, król Guaxary* tan lejos que en el drama hasta se habla de un linchamiento de un dignatario eclesiástico-traidor, por parte del pueblo, o cual recordaba inequívocamente el ahorcamiento de obispo Józef K. Kossakowski, hecho ocurrido en Varsovia en 1794. No obstante, a diferencia de los acontecimientos históricos en que estaba basada la pieza, el drama culminaba con una doble victoria de los incas: la moral y la militar ya que lograban combatir a los españoles. No es, pues, de extrañar que *Izkahar* fuera representado unas quince veces con el público colmado. El espectáculo mejoró considerablemente el precario presupuesto del grupo teatral de Bogusławski. La música compuesta para el drama se hizo popular en toda la Galitzia; en todas partes, también, se cantaba el *Canto al sol*⁷³ de esta ópera. En 1804 Walenty Gurski publicó el poema *Niewolnik indyjski* [*El siervo indio*], basado en algunos motivos de *Les incas*. El drama gozó de una gran popularidad entre la juventud; entre sus lectores se

73. J. Got: *Na wyspie Guaxary. Wojciech Bogusławski i teatr lwowski 1789–1799* [*En la isla Guaxary. Wojciech Bogusławski y el teatro de Lvov 1789–1799*], Kraków 1971, p. 176 y siguientes.

encontraba también Adam Mickiewicz quien era capaz de contar el contenido de toda la obra. Recordemos que la obra de Marmontel la leyó Mickiewicz en su temprana juventud. Según los investigadores la compasión de los indios empezó a expresarse en la poesía de los amigos de Mickiewicz de la ciudad de Vilna precisamente por la influencia de Marmontel. En el poema de Jan Czeczot, *Apollo po kołędzie* [*Apolo postulando y cantando villancicos* 1819]. Calíope, presente en la obra, recuerda con asco «las cruzadas a que incitaban los monjes/ Conversiones de los miserables incas salpicadas de sangre»⁷⁴.

Saliendo al paso de los gustos del público, sobre la base del amor de una bella inca y un noble español, los escritores se complacían en presentar la tragedia de una pareja de enamorados, separados por los reveses de la fortuna. Ese mismo esquema aparece también en la tragedia de Voltaire y en la novela de Marmontel, así como en la obra de Bogusławski basada en ésta, o, finalmente, en *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, novela de Jan Potocki⁷⁵. Ello ofrecía al autor a posibilidad de presentar, además de los crueles conquistadores, a un protagonista positivo que defendía a los indios y se compadecía de su suerte. En *Lettres d'une Péruvienne* de Françoise de Graffigny en vez de un español comparece un francés, el caballero Doterville. Potocki, por su parte, trasladó el argumento de la época de la conquista al siglo XVIII, pero la protagonista era una descendiente de Moctezuma. El noble margrave Alonso Torres Rovellas comparece en defensa de los indígenas «oprimidos por el pueblo vencedor». El romance, por otro lado, tenía in fin trágico: parecidamente a lo que habían escrito Marmontel, Voltaire, de Graffigny, también en la obra de Potocki la hostilidad que separaba los dos pueblos y las atrocidades de los invasores eran el obstáculo que impedía la felicidad de los amantes.

Tanto en los espectadores, como en los lectores nacía la sensibilidad a las alusiones políticas, muy característica de cada pueblo oprimido. En la pieza de Franz Xaver Huber *Das unterbrochene Opferfest* [*La ofrenda interrumpida*], traducida por Bogusławski, se presen-

74. J. Tazbir: *Szachta a konkwistadorzy* [*Los nobles y los conquistadores*], p. 138.

75. Esta novela fue traducida al polaco y publicada apenas en 1847; el texto íntegro de original francés [*Manuscrit trouvé à Saragosse*] fue publicado en París en 1958. El libro fue traducido al inglés, alemán e italiano; hasta la fecha no hay traducción a español.

taba la valiente resistencia de los «peruanos», gracias a la cual habían defendido la independencia de su patria.

Oh, Dios, danos más vaentía.

Deja vencer a los incas.

se oía desde las tablas y cada espectador podía fácilmente decir en ese momento: polacos, palabra que en e idioma de Bogusławski cuenta con el mismo número de sílabas⁷⁶.

Pero de la historia de los compatriotas de Izkahar se podían deducir moralejas más consoladoras. En 1798 Ignacy Krasicki escribía con reconocimiento sobre los chinos quienes, dominados por os tártaros (mogoles), supieron civilizar a éstos y llegar a una convivencia llevadera con este pueblo. A pesar de que seguían viviendo bajo el yugo tártaro, supieron conservar su cultura por lo cual podrían ser el ejemplo para otras naciones. También *Izkahar* de Bogusławski, con el filo de la crítica dirigido claramente contra los rusos, incluía acentos de esperanza de que fueran mucho mejores los destinos de los polacos bajo la ocupación austriaca.

También Walenty Gurski quien publicó su poema en una Cracovia ya perteneciente a Austria filtró al mismo algunas alusiones de nítido carácter político. Así pues, se podía entender como una ilusión que se hacía un pueblo subyugado la convicción de que el monarca extranjero, «una vez que sepa que somos buenos, humanos y complacientes/ Nos devolverá nuestra libertad». Pues el solo también es bueno, pero no sabe qué clase de crueldades se permiten sus servidores. El poema lo concluía el recuerdo de lo mal que habían acabado ... los conquistadores españoles y una súplica a los cielos a que ayudaran a soportar la dura ocupación⁷⁷.

El éxito de este tipo de dramas o romances se debía asimismo al uso de unos decorados exóticos y de escenografía ingeniosa así como a la trama melodramática, o bien a las peroratas en un tono patriótico que lanzaban desde el escenario los protagonistas vestidos de indios, bajo el ojo avizor de los censores de los países ocupantes. Por lo demás, la fidelidad a la realidad se veía limitada al mínimo y normalmente sólo se mencionaba en el programa del espectáculo que la trama se desarrollaba en Asia o América. Los peruanos aparecían en las tablas vestidos a lo romano, educaban a sus

76. J. Tazbir: *La crítica polaca*, p. 135.

77. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [*Los nobles y los conquistadores*], p. 143.

hijas en conventos e iban a la guerra con las banderas. Si se puede dar crédito a Chamfort, en la Comedia Francesa durante largo tiempo no se conocía más que un tipo de vestuario, «el que se llamaba romano y que era utilizado para las piezas griegas, americanas, españolas etc.»⁷⁸. Una imagen parecida la encontramos también en la literatura de Europa Occidental en la época de la Ilustración. La literatura polaca se distinguía tan sólo por atribuir con frecuencia a los antiguos incas o aztecas un alto grado de conciencia nacional y un patriotismo fervoroso, o sea rasgos que los escritores desearían encontrar en sus compatriotas.

Si después de la pérdida de la independencia la duquesa Izabela Czartoryska reunía (en Puławy, cerca de la ciudad de Lublín), además de recuerdos nacionales, también objetos pertenecientes a aquellos soberanos de Asia y América quienes habían sido vencidos por los agresores, se trataba ya no de un coleccionismo al antiguo estilo, sino de un nuevo tipo de colección. Hoy día este tipo de coleccionismo nos puede causar una leve sonrisa, pero el hecho de que las sandalias de Moctezuma o el gorro del khan Girej quien defendía la independencia de Crimea contra los rusos estuviesen expuestos al lado de las banderas, espadas e insignias de coronación de los reyes polacos demostraba claramente la nueva visión de otros pueblos o continentes que, como los polacos, habían sufrido agresión y conocido, a su consecuencia, el sabor de una ocupación extranjera.

En el siglo XVII en muchos grabados y lienzos se retrataba a un misionero, o sea a un hombre blanco, quien había llegado para enseñar a fieles de piel amarilla, negra o roja. En el siglo XVIII los papeles se intercambiaron: el apóstol es el sabio chino, o «el buen salvaje» quien en un salón parisino habla a una gente bien vestida de las fechorías de ésta y de vicios derivados de la corrupción y la descomposición de la civilización. Entonces el apostolado se conservó, sólo cambiaron los papeles: mientras a los «salvajes americanos» se les hacía alabar la sencillez, ingenuidad, hasta primitivismo, o sea los valores muy apreciados por los seguidores de Jean Jacques Rousseau, los habitantes de China, India o del Oriente musulmán comparecían como críticos de las relaciones

78. Chamfort: *Maksymy i myśli. Charaktery i anegdoty* [título francés: *Pensées, Maximes et Anecdotes*], Warszawa 1958, p. 165.

socio-políticas en Europa y daban consejos concretos y enseñanzas sobre temas concernientes al régimen político. De la India, China y México llegaron el sabio brahmán, el casto mandarín y un azteca, ágil en el gobierno del país, todos ellos enseñando unas mejores formas de sistema y pensamiento políticos y una moralidad también superior a la cristiana.

El mito del «buen salvaje» lo difundían también en Polonia las bellas letras y los cuentos filosóficos, habitualmente traducidos del francés. Así pues se publicaban obras en las que los blancos salían siempre pintados de negro, mientras que sus adversarios de piel roja eran presentados como ángeles. Una joven india condenaba las reprobables costumbres inglesas y un simple huron se burlaba del catolicismo y condenaba la persecución de los hugonotos escarneciendo el sistema de gobierno surgido del absolutismo de Luis XIV. Un espíritu parecido lo tenía también la pieza de Deslile de la Devétière adaptada por Franciszek Bohomolec para el teatro polaco y titulada *Dziki Amerykanin do Europy z Lelijuszem przybyły* [*Americano salvaje, llegado a Europa con Lelijusz*].

Siguiendo el ejemplo de autores extranjeros también los polacos se pusieron a escribir sobre las ideales comunidades de los «buenos salvajes» que no conocía ningún tipo de obligaciones, leyes escritas, control o supervisión. Hasta los tiempos de Krasicki se hacían, sin embargo, calcos de ejemplos extranjeros; baste que enumeremos la obra *Entretien d'un Européen avec un insulaire du royaume de Dumocala* (1775) de Stanisław Leszczyński y que en realidad constituía una dura crítica de las relaciones existentes en Francia en los tiempos de Luis XV, o bien *Opisanie pewnej wyspy nowo wynalezionej* [*Descripción de una isla recién descubierta*, autor anónimo], texto publicado en 1770 en la colección «Zbiór różnego rodzaju wiadomości». Los habitantes de aquella isla supuestamente no conocían ni estados ni diferencias sociales, guerras ni pereza, armas, lujo, borracheras etc., en una palabra todo aquello que trae consigo la civilización. En esa época el «buen salvaje» era hasta indispensable como personaje literario, por medio del cual se censuraba el fanatismo, la desigualdad social o las supersticiones. Unsalmamente este papel o encarnaba un indio, y, excepcionalmente, un negro que trabajaba muy duro en las plantaciones y se conformaba humildemente con su suerte de esclavo. Difícilmente, pues, se lo

podía imaginar como defensor de la moralidad natural o crítico del sistema feudal. Del simplón de piel roja, en cambio, bien se sabía que luchaba contra los colonizadores, de modo que en los cuentos filosóficos podía hacer de defensor de la libertad y la tolerancia.

La «utopía india» tenía dos facetas: por un lado se alababan las sociedades anárquicas de «buenos salvajes» que no conocían forma de Estado alguna ni limitación que la misma pudiera entrañar. Por otro lado se elogiaba los ideales Estados indios que, según se decía, habían existido en México y en el Perú antes de que apreciaron allí los conquistadores. De las traducciones al polaco de *Lettres d'une Péruvienne* de Françoise de Graffigny o de *Les Incas* de Marmontel se desprendía inequívocamente que en las mismas se hablaba de las ideas referentes al sistema político propias del siglo XVIII, vistas bajo forma de absolutismo ilustrado. En las más diversas relaciones de viajeros, poemas y cuentos, los incas, mayas y aztecas «alcanzan dimensiones de unos ángeles, felices, cuerdos y castos»⁷⁹. Basta con recordar la imagen del Estado ideal de la isla de Nipu, descrita en *Mikolaja Doświadczyńskiego przypadki* [*Aventuras de Mikolaj Doświadczyński*] de Ignacy Krasicki. Esta comunidad ideal la debieron de crear unos indios quienes, después de la conquista de América, se refugiaron allí huyendo de los opresores. A los «nipuanos» les sirvió de ejemplo el Estado indio existente en América «antes de la llegada de los españoles». Sus habitantes no conocían enfermedades ni pereza, desdaban el derramamiento de sangre y las riñas, vivían tranquila y felizmente. «No se podían encontrar entre los nipuanos palabras que expresen mentira, robo, traición o lisonja»⁸⁰.

La destrucción de civilizaciones tan maravillosas no dio felicidad tampoco a quienes las arruinaron. Pues, las colonias creadas sobre los escombros de éstas no daban ningún provecho, todo lo contrario causaban la ruina económica de la metrópoli. Los argumentos para esta tesis se deducían en la mayoría de los casos de la obra de Montesquieu. En *Esprit des Lois* cuya traducción al polaco fue publicada en 1777 Montesquieu planteó la tesis de que una superficie excesivamente grande podía ser nociva para el Estado, dado que causaba una dispersión de las fuerzas humanas, la mayor

79. P. Maczewski: *Mikolaja Doświadczyńskiego przypadki* [*Aventuras de Mikolaj Doświadczyński*], «Pamiętnik literacki», Año 3, 1904, p. 187.

80. J. Łazbik: *La crítica polaca*, p. 131.

riqueza de toda nación. Así pues la necesidad de dominar vastos territorios ultramarinos hizo despoblarse a la Península Ibérica, causando, por consiguiente, la decadencia de la artesanía y el comercio locales. Aparte de ello, os españoles, temiendo no poder dominar territorios tan grandes perpetraron una matanza entre los habitantes primitivos de América, supliéndolos con sus compatriotas. El oro que afluyó a la patria de los conquistadores, lejos de enriquecerla, hizo acostumbrarse a los españoles a la pereza y al despilfarro.

Las opiniones de Montesquieu las propagaron en Polonia Kajetan Skrzetuski y Wincenty Skrzetuski en sendos manuales de historia que siguieron usándose hasta mediados del siglo XVIII, y también en sus tratados políticos. Así, Kajetan Skrzetuski, al presentar «el proyecto, o sea el concierto de una paz duradera en Europa», afirmaba que cada Estado podía llegar a ser una potencia sin guerras y conquistas, sólo por medio de crecimiento natural, ya que «es la gente a única fuerza y poderío de los reyes». Wincenty Skrzetuski dedicó a este problema uno de sus discursos «sobre las principales materias políticas», titulada: *O osadach. Ze nie są pożyteczne państwowi, gdyż nazbyt obszerne i gdy w zupełnej utrzymanie być podległości nie mogą* [Sobre las colonias. Que no son provechosas para los Estados por excesivamente grandes y cuando no se las puede mantener en plena dependencia]. Skrzetuski admitía que Europa se había enriquecido a consecuencia de la conquista de América; en cambio, la propia España que la había realizado sufría un colapso económico ya que sus habitantes habían venido comprando con el oro «indio» productos a los extranjeros, lo cual llevó a la ruina la artesanía y la agricultura locales. El mantenimiento de las vastas colonias rebasaba, normalmente, las posibilidades de la metrópoli, conllevando el desmedro de su peso político. Según Skrzetuski, con el paso del tiempo estos papeles cambiaban, de lo que un ejemplo instructivo era el caso de Inglaterra. Pues sus colonias americanas no solo eran más fuertes, sino también de mayor superficie que la metrópoli. En esta situación Inglaterra no podía prevenir el desprendimiento de las colonias, lo cual, en definitiva, resultaría provechoso para los ingleses⁸¹.

81. J. Tazbir: *Szlachta a konkwistadorzy* [Los nobles y los conquistadores], p. 179.

En la separación de una parte de colonias americanas algunos veían el castigo de Dios contra quienes habían tratado de una manera tan vil a los habitantes indígenas de América. Adam Wawrzyniec Rzewuski escribía que, primero, los europeos movidos por el ansia del oro atravesaron el océano «llenando el país de los indios inermes de rabioso pillaje y saqueo, y las costas del mar de gemido de los agonizantes y de cadáveres de los muertos». Luego vino el castigo por las fechorías ya que se vio a «los bandoleros de los portugueses [...] echados de la propiedad ajena por los bandoleros de los holandeses», las posesiones de los franceses acaparadas por los ingleses y las colonias inglesas, por su parte, «libres e independientes gracias a la ayuda del ejército francés»⁸².

La conquista de América y la creación de colonias europeas en ese continente eran criticadas no sólo por las consecuencias negativas económicas y políticas que habían traído a los países que habían participado en la conquista. Representantes de la Ilustración polaca señalaban asimismo la aniquilación de las tan apreciadas en el siglo XVIII culturas de Perú y México. Sirviéndose del ejemplo de la suerte aciaga de los incas y aztecas se recordaba la diferencia que debía haber entre la propagación de la civilización y la conquista así como los deberes de los europeos respecto a unos pueblos inferiores a ellos bajo diferentes aspectos. En los siglos XVI y XVII estos deberes se veían limitados a la propagación de la fe, mientras que los católicos sostenían incluso que la conversión de los indios no era posible sin que se recurriese a la fuerza, entre otros, por la enorme influencia que tenía el diablo entre ellos.

En la época de la Ilustración se dejó ya de creer en que el satanás tenía dominados a los habitantes primitivos de América. La historia de la conquista se la empezaba a ver desde la perspectiva de sus víctimas, mientras que la crueldad en el momento de poner en duda el principal objetivo: la conversión de los indios, se hizo aun más repugnante y absurda. En 1772 fue publicada en Polonia la obra de Bernard Fontenelle *Les Dialogues des morts modernes: Ferdinand Cortez, Montezume* en que el rey de los aztecas defendía a sus súbditos contra la acusación de que eran bárbaros y en que cuestionaba la superioridad de Europa respecto a América. El diálo-

82. A. W. Rzewuski: *O formie rządu republikańskiego myśli* [Pensamientos sobre la forma republicana del gobierno], vol. I, parte I, Warszawa 1790, pp. 73–74.

go concluía con la afirmación de Moctezuma en que expresaba su pena por no tener los indios los barcos que les hicieran posible descubrir Europa y conquistar sus tierras; pues, proseguía, los indios «tendrían seguro tanto derecho a conquistar aquéllas, cuánto habéis tenido vosotros a conquistar las nuestras». Según Walenty Gurski, España so pretexto de propagar la fe, causó a muerte de muchísima gente dócil, inerte e infeliz, y a los demás mandaron a las minas condenado a sufrimiento eterno, «tratándolos como animales». La conquista era presentada como el triunfo de la pólvora sobre la virtud: un puñado de bandoleros con mosquetes subyugó a miles de mexicanos que valientemente se pusieron en defensa de su independencia.

Mientras en la República de los siglos XVI y XVII se envidió a menudo a los conquistadores su gloria y sus botines, en la época de la Ilustración se condenaba resueltamente a Cortés y a Pizarro, lamentándose, tal y como lo hacía Krasicki, de que la abundancia de metales nobles y el exceso de piedras preciosas hicieran sufrir a los indios «la codicia insaciable» de los europeos que desde entonces los «agota y oprime». El «americano» (indio) que comparecía en *Mikolaja Doświadczyńskiego przypadki* expresaba, sin lugar a dudas, la opinión del autor de la novela cuando justificaba «la crueldad y venganza superfluas» que sus antepasados había demostrado hacia los blancos, diciendo que los indios habían sido llevados al extrema desesperación por éstos. Con todo, no se vengó lo suficientemente bien aquella gente a la que se había privado de todo, a que se torturaba, sirviéndose de alevosía, violencia y mentira. Krasicki, a través de un habitante de la feliz isla de Nípu, condenaba las historias escritas de la conquista del Nuevo Mundo en que «venía dicho que habíais encontrado en esta tierra a asesinos fieros y arrebatados». A los autores de tales obras, escribía Krasicki, ellos mismos, o parecidos, les habían servido de modelo⁸³. En la crítica de la conquista se seguía citando las opiniones de las Casas. En *Les Incas* de Marmontel, mencionados ya muchas veces. Las Casas aparece como un obispo noble que, en aras del humanitarismo y de la religión verdadera, trata, en vano, de infundir en los corazones de los crueles conquistadores el amor al indio.

83. J. Tazbir, *La crítica polaca*, pp. 131-132.

En el prefacio al libro Marmontel lo llamó «héroe de la religión y la humanidad» y «defensor de la India». Citaba asimismo algunos fragmentos de la *Brevisima relación* que presentaban de manera particularmente drástica la crueldad de los españoles. El obispo español comparecía también en la obra teatral de A. Kotzebue *Die Spanier in Peru oder Rollas Tod* traducida al polaco por Aleksander Chodkiewicz (1797). En todos los casos los elogios de Las Casas iban a la par con la condena de las crueldades que habían acompañado a la conquista.

El obispo español era también uno de los personajes del *Siervo indio* cuyo autor llamaba a Las Casas el verdadero padre de los «americanos». En el poema se describía detalladamente cómo maltrataban los españoles a los indios. Gurski citaba, tras Marmontel, las relaciones de las Casas sobre las matanzas de indios y sobre perros especialmente adiestrados para destrozarlos. Describía también Gurski los intentos de Las Casas de mejorar la suerte del pueblo avasallado, las intervenciones ante Carlos V, las disputas sobre el tema con Juan Quevedo y con otros teólogos. Gurski aprovechaba profusamente el prefacio al libro de Marmontel y de la propia obra. Copió, entonces, Gurski de *Les Incas* la larga queja de un anciano torturado por los conquistadores, citó el himno al sol de los «peruanos», mientras que las notas al poema las concluía con un fragmento con que terminaba la novela de Marmontel, o sea con la presentación de la miserable suerte de los conquistadores «aquellos lobos fieros» que se saciaban matando a indios⁸⁴. Con bastante frecuencia se reprobaba también a otros colonizadores el mal trato que estaban dando a los habitantes indígenas de América. El geógrafo Antoni Mikucki escribía en su manual para los colegios escolapios, con una clara compasión, que los ciudadanos de grandes estados de antaño, México y el Perú, vivían en la época «en gran [...] opresión», discriminados y no admitidos en ningunos cargos. Staszic, mientras tanto, condenaba la conducta de los ingleses que cazaban a gente por las selvas de Africa y América y por cada indio cogido, o por su cabeza, se les pagaba cien libras⁸⁵. No obstante, los mismos autores de relaciones de viajes, manuales

84. J. Tazbir: *Connaissance des oeuvres de Las Casas en Pologne*, «Acta Poloniae Historica», vol. 28, 1973, pp. 30–33.

85. J. Tazbir: *Los conquistadores*, p. 178.

de geografía y estudios etnográficos que criticaban a los «americanos salvajes», la culpa de su salvajismo, canibalismo, crueldad, falta de principios morales y retraso mental a echaban al invasor blanco y al cima, pero no a los propios indios, proclives, por su naturaleza, antes al bien que al mal. Kajetan T. Węsierski quien a finales del siglo XVIII estuvo en Antillas, escribía que antes de la conquista los habitantes de aquellas islas eran «el pueblo más feliz del mundo». También Niemcewicz, a pesar de tener una actitud muy crítica hacia los indios, recordando con gran frecuencia su pereza, crueldad y propensión al alcohol, en ninguna ocasión se olvidaba de resaltar que eran los indios y no los blancos «los señores legales y verdaderos de aquella tierra» y que estaban condenados a una pronta extinción. Eran también gratuitos los intentos de sus caciques por introducir unas leyes que prohibiesen vender vodka a los indios: los blancos atontaban, a conciencia, a los indios con el alcohol, por todos los medios a su alcance, «para mantenerlos en oscurantismo e ir destruyéndolos poco a poco»⁸⁶.

En los relatos de la prensa polaca sobre la revolución americana, en las descripciones de los crímenes inconcebibles que cometían los indios al servicio inglés contra las mujeres y niños blancos, se subrayaba que antes los indios no eran tan atroces. Toda la culpa la tenían los ingleses que incitaban a los indios a perpetrar estos crímenes, premiándolos con vodka. Así pues, mientras los representantes de la Contrarreforma veían en la conquista el comienzo de una gran labor civilizadora en el continente americano, los escritores de la Ilustración advertían en ella la fuente de casi todos los rasgos negativos y malas inclinaciones que caracterizaban al indio. Al censurar los métodos empleados en la conquista se lo hacía con la convicción de que en el siglo XVI los pueblos europeos no habían cumplido con su deber fundamental: en vez de dedicarse a civilizar a los indios, hicieron una matanza de éstos. No obstante, se mencionaba al mismo tiempo las consecuencias positivas de la dominación de los territorios del Nuevo Mundo por el hombre blanco. Dymitr Michał Krajewski escribía que a pesar de que el descubrimiento de América trajo consigo el exterminio de sus antiguos habitantes, a implantación de la educación la hacía

86. J. Tazbir: *Rzeczpospolita szlachecka* [La República nobiliaria], p. 168.

«incomparablemente mejor de lo que había sido antes de su descubrimiento». Europa que en un comienzo procedía con crueldad en diferentes partes, luego les trajo la «antorcha de la ciencia», gracias a la cual los habitantes de otros continentes «van saliendo poco a poco de su ignorancia y vulgaridad». Las antiguas fuerza y violencia habrían de verse sustituidas por la influencia cultural, lo cual, en definitiva, permitía lo mismo: la dominación por el hombre blanco de habitantes de América, África o Asia.

La superioridad de Europa respecto a los demás continentes no era dudosa para nadie en la época de la Ilustración. Aquellos escritores que condenaban la violencia de los conquistadores de hacía doscientos años, al mismo tiempo aseveraban que Europa era la «primera» de todas las partes del mundo por ser habitada por pueblos «superiores» a la población de otros continentes. En *Rozmowy młodych Polaków* [*Diálogos de jóvenes polacos*] de Józef Jan Kanty leemos que «las ciencias, las costumbres, el valor, el derecho» hacía mucho tiempo habían llegado del continente asiático a Europa. Asia recordaba inútilmente haber sido la antigua cuna de la civilización, ya que — según el autor — el despotismo y la crueldad allí reinantes descalificaban ese continente como rival de Europa. Tampoco podían compararse con ella África o América, continentes en que florecía la barbarie y el canibalismo. El mundo contemporáneo — escribía Kanty — tiene a su madre en Europa que, por su parte, encontraba la corroboración de su superioridad y diferencia en el camino de confrontación con la cultura de otros continentes⁸⁷.

El relativamente fácil exterminio de los indios y el sojuzgamiento de los africanos, que tampoco ofrecía mayores problemas, daban pie a la convicción de la inferioridad de las razas de color. Este sentimiento no se lo conocía en Europa antes de la época de los grandes descubrimientos, pero más tarde en la mente de los europeos se iba consolidando la convicción de que habían conocido otros continentes para poder dominarlos. Este doble enfoque tuvo reflejo también en las opiniones sobre los negros traídos a América como esclavos. De su terrible miseria escribían con compasión revistas polacos del siglo XVIII. El p. Dominik Szybiński, profesor

87. *Ibidem*, pp. 194 – 195.

en uno de los colegios calasancios, hasta insertó en su manual (*Krótką wiadomość o znakomitszych w świecie monarchiach* [Breve información sobre las monarquías más excelsas del mundo]) un somero bosquejo de la historia de la esclavitud desde los tiempos antiguos hasta los tiempos contemporáneos. En este esbozo se observa que los ingleses, franceses, portugueses y otros comparan a negros en Africa, «comercian con ellos, a los comprados los mandan a las colonias americanas donde en gran miseria han de trabajar». La «trata de negros» la condenaban, como «algo feo y deshonoroso para a fe cristiana», entre otros, Wyrwicz y Stanisław Staszic quien escribía sobre el cruel trato que daban a los negros los señores blancos y reprochaba con indignación «el despreciable mercado de gentes» que existía en las colonias inglesas, españolas y francesas. Con la mayor dureza se pronunciaba sobre Inglaterra en que «la tiranía a que se ven sometidos los negros» llevaba a marcarlos con hierro caliente.

Doświadczyński embarca en una nave que transporta a esclavos negros a una mina de oro en Sudamérica. Con una clara compasión describía Krasicki las condiciones en que estaban transportados: sollozos y gemidos de los negros hacinados bajo la cubierta, pan seco y agua podrida que debían de bastarles como el único alimento, las cadenas que llevaban puestas. El protagonista experimentó en su propia carne cómo era la suerte de aquellos que «agotados por el hambre, mal tiempo y otras incomodidades [...] morían todos los días». Doświadczyński pudo también compartir su dura vida en la mina; al principio se rebelaba, pero después se resignó a trabajar o que no le salvó a don Mikolaj de frecuentes latigazos que «recibían por igual los que tenían la culpa y los inocentes».

En las ya mencionadas relaciones de dos polacos que vieron con sus propios ojos a esclavos negros, encontramos dos opiniones contradictorias sobre el tema. Pues Niemcewicz hablaba de los negros como de «lánguidos esqueletos negros», protegidos con harapos deshechos; decía Niemcewicz que la mayoría de propietarios no les daba más que pan, agua y azotazos. El antiguo ayudante de Kościuszko condenaba la «trata de negros» que calificaba de «repugnante» y de la cosa «más abominable de todas» y expresaba a opinión de que los campesinos polacos tenían una situación

cien veces mejor. Una opinión distinta sobre el mismo asunto la tenía el ya mencionado Węgiński: en sus cartas de 1783 informaba que los esclavos negros «bajo un señor sensato» eran menos dignos de piedad que los campesinos polacos, rusos o húngaros. El negro — continuaba — al menos sabe que e darán de comer y con que vestirse; no paga impuestos y sabe que su suerte no será peor que la de su padre. Es posible que Węgiński se preocupase por las opiniones de los plantadores que le hospedaban; todos ellos, por razones por demás claras, sostenían que el negro pertenecía a una raza inferior, destinada a la esclavitud y que no habría sabido disfrutar bien la libertad. Debe agregarse que tales opiniones las expresaban no sólo los plantadores. El jesuita Pierre François Charlevoix justificaba, por ejemplo, la esclavitud como una institución que hacía posible convertir a los negros. Muchos publicistas de la Ilustración tenían ante la esclavitud una postura parecida a la que tenían frente al vasallaje y la prestación personal. Criticando duramente los abusos relacionados con estos sistemas y condenando la crueldad de señores inhumanos se intentaba al mismo tiempo, si no dar una justificación, al menos explicar la propia institución de la servidumbre. Ese mismo Montesquieu quien la criticaba agudamente en *Esprit de lois* y en *Lettres persanes* a los plantadores de la época, ponía como ejemplo a la república romana que «se servía con gran provecho de una masa de esclavos», creándoles, a cambio de un buen trabajo, la perspectiva de ser elevados a la categoría de libertos. También Voltaire, al condenar en *Alzire* el trato cruel de los negros intentaba en *Essai sur les mœurs* justificar su comercio echando la culpa bien sea a los caciques bien sea a los padres. Pues, decía, quien vende a sus propios hijos más vale ser condenado que el quien los compra. En Polonia estaba cerca de estas opiniones el p. Józef Jan Kanty. En *Rozmowy młodych polaków* [*Diálogos de jóvenes polacos*] pese a calificar la «trata de negros» de fea, en principio no la alababa, pero afirmaba al mismo tiempo que la esclavitud era necesaria dado que los indios estaban demasiado degenerados como para trabajar con eficiencia para sus dueños⁸⁸. Jean Luis Buffon, el biólogo más insigne del siglo XVIII, y, tras él, Corneille de Pauw, autor de *Recherches*

88. *Ibidem*, pp. 171-173.

philosophique sur les Américains (1768), echaban la culpa de esta degeneración al clima, bajo cuya influencia en el hemisferio occidental, y particularmente en su parte Sur, todo se hacía enano y degeneraba. De esta tesis derivaban as teorías sobre a capacidad limitada de consecución por los indios de un nivel de desarrollo más alto; se opinaba que bajos de cuerpo y espíritu se parecían por su aspecto exterior más a los monos que a los hombres. Los habitantes primitivos de América resultaron — se afirmaba — primero demasiado torpes y débiles para resistir a la conquista, y, luego, demasiado perezosos para asimilar las formas superiores de la civilización que llegaban con los españoles, ingleses, holandeses y franceses⁸⁹.

Tales opiniones las transplantaban al suelo polaco Karol Wyrwicz y Józef Jan Kanty; según Wyrwicz sin la ayuda de los europeos y sin la agricultura implantada por ellos, los indios hubieran muerto de hambre o se hubieran matado mutuamente, Kanty, por su parte, decía que en América «habían sufrido una clara degeneración tanto los elementos, como los ciudadanos y los animales». Ello iba emparejado a la convicción de que la naturaleza engendró a los negros para la esclavitud. En el siglo XVIII tal opinión a compartían muchos autores. El ya citado poeta, Węsierski, consideraba, p.ej., a propia institución de la esclavitud como natural y justificada. Estaba indisolublemente vinculada — opinaba — con el género humano, como las enfermedades. Por ello también la esclavitud existió incluso entre los pueblos más civilizados. La mayor culpa, en opinión de Węsierski, la tenía en este caso la naturaleza sola que a unos los había creado para la ignorancia y vasallaje y a otros los privó de escrúpulos morales, merced a lo cual podían hacer «de quienes son iguales a ellos un instrumento de su fantasía y capricho». En los manuales de la época leemos que los africanos «son negros de alma y cuerpo» y que su propio físico demostraba lo «salvajes y brutos» que eran.

En Polonia, en lo referente a la esclavitud, se compartía más bien las opiniones de Niemcewicz que las de Węsierski o del padre Kanty; comparando la vida de los esclavos negros con la de los siervos de la gleba, se constataba que la de los negros era, de todas formas, más

89. A. Gerbi: *La disputa de Nuovo Mondo. Storia de una polemica, 1750–1900*, Milano – Napoli 1955, pp. 315 y siguientes.

dura ya que los españoles los obligaban a trabajar en las minas, cosa que la nobleza polaca no exigía de sus súbditos. Estas paralelas estaban, por otra parte, destinadas a justificar el régimen social imperante en Polonia, comparándolo con la opresión existente en otros continentes. Hasta Kołłątaj escribió que no solamente en la República se oprimía a la población rural. En las colonias francesas, holandesas e inglesas los blancos — escribía — tratan a los negros de una manera «incomparablemente más severa». Por otra parte, de estas analogías se habían hecho eco, ya antes, extranjeros que viajaban por Polonia.

Así pues el médico de la corte de Juan III Sobieski, Bernard O'Connor, escribía que las condiciones de vida de los súbditos de la República recordaban el trato que se daba a los negros en la India Occidental inglesa. Esta comparación la continuó, años más tarde (1770), Joseph Marschall, quien viajó por Polonia y quien consideraba la prestación personal del campesino como el mismo despotismo con que el plantador trataba al esclavo negro en la India Occidental. También Bernardin Saint-Pierre afirmaba (1764) que la aristocracia seglar y la eclesiástica se portaban en Polonia «como los españoles en los Países Bajos o en la India». Esta paralela ganó popularidad también en Inglaterra y en Estados Unidos; los publicistas, defensores de los negros (John Dickinson, Edmund Burke) hacía gustosamente comparaciones entre los plantadores locales y la nobleza polaca⁹⁰.

El que se comparara a gente de diferentes continentes y de diferente color de la piel, credo y nivel de desarrollo de la civilización, señalaba una nueva visión de la población de las tierras conocidas y conquistadas a consecuencia de los grandes descubrimientos. Todavía en el siglo XVI o XVII en Polonia a nadie se le habría ocurrido comparar a sus habitantes con los pueblos de Asia o América, representados por negros o indios. Y, sin embargo, en ese período se comparaba a los polacos con alemanes, suecos o ingleses, a pesar de que diferían en religión, costumbres e idioma. De recurrir a analogías con los países de ultramar, se trazaban ciertas paralelas entre los nobles polacos y los conquistadores, o sea otra vez se comparaba a gente blanca.

90. J. Tazbir: *Rzeczpospolita szlachecka [La República nobiliaria]*, pp. 174–176.

A la hora de plantear la interrogante; la vida de quién era mejor, la de los siervos de la gleba o la de los esclavos negros, nunca se ideaban analogías de este carácter con los indios ya que éstos eran gente libre y no se les había obligado a trabajar en las plantaciones. La paralela con el negro tenía ciertas funciones sociales, mientras que la analogía con el indio revestía un carácter nacional. Esa era símbolo de una opresión soportada con paciencia, ésta — de una resistencia armada, aunque sin mayores perspectivas.

Gracias a su lucha por la libertad, reflejada en las continuas sublevaciones, los indios se ganaron el respeto de los blancos. Y mientras entre los criados de la época podíamos encontrar a negro, turco o hasta húngaro, en las cortes señoriales no había nadie de entre el servicio doméstico que vistiera de habitante indígena de América. La escueta indumentaria que debería vestir el indio no era la más adecuado para nuestro clima, y, lo que más importancia tenía, difícilmente se podía imaginar a un representante de una raza valiente e independiente como lacayo. Por ello mismo en la época de la Ilustración polaca el indio recibió una doble nobilitación: encarnaba tanto el papel del «buen salvaje», como del indoblegable combatiente por la independencia al que los polacos debían imitar. De esta manera quedó introducido no sólo en la corriente filosófica y reformista, sino también en la de las aspiraciones patrióticas, tan vivas en la época de los repartos de Polonia.

Apenas en la época de la Ilustración se advirtió en las civilizaciones de los otros continentes «una fuente de nuevos valores morales o culturales que podían refrescar la cultura europea»⁹¹. El símbolo de las transformaciones que se iban produciendo en la mentalidad eran tanto los calendarios que se solían leer en las mansiones, como verdaderas obras científicas, que contrastaban con imparcialidad las costumbres y las creencias de todos los pueblos y etnias. Las diferencias de culturas dejaron de ser una colección de curiosidades, rarezas y supersticiones; se estaban dando los primeros intentos de comprenderlas desde dentro, por decirlo de alguna forma. La naturaleza humana es parecida en cualquier latitud, sean cuales

91. J. Reyehman: *Orient w kulturze polskiego Oświecenia* [El Oriente en la cultura de la Ilustración polaca], Wrocław 1964, p. 189.

sean el color de la piel y las creencias religiosas. El interés por lo exótico de la naturaleza y por los ritos ajenos llevaba a la constatación de que las costumbres de habitantes de diferentes continentes se parecían mucho. A los entusiastas de los mundos conocidos a consecuencia de los grandes descubrimientos se les reprochó pronto que desconociesen su propio país donde, en la cultura popular, también se padían descubrir elementos de una antiquísima cultura nacional. Los elementos primitivos y exóticos, buscados con entusiasmo en América, África o Asia tuvieron sus equivalentes en el campo polaco, lituano o belorruso. De esta manera, aparte de los salvajes orientales, la cultura primitiva nacional se convirtió en objeto de investigaciones científicas. El interés despertado por los continentes descubiertos en los siglos XVI—XVII contribuyó, en cierto grado, al desarrollo de la folclorística polaca, y sobre todo de la escuela varsovia de sus creadores.

En la época de la Ilustración se pasó a abarcar con el término humanidad a todos los habitantes de la tierra, independientemente de su credo religioso, que no sólo poseían el mismo derecho a la felicidad sino también igualmente dignos de compasión. A los ojos de los que vivieron en los siglos XVI o XVII a todos ellos les unía la labor misionera de la Iglesia; ahora la misma iba a quedar sustituida por formas superiores de la civilización. Surgía la conciencia de que cada pueblo era miembro de una gran comunidad, dispersada en la superficie del globo terráqueo. El mundo entero «debe ser una gran República en que todos pudieran convivir cual hermanos y en que cada uno de ellos sería ciudadano no de un sólo país, sino del mundo entero» — escribía el escolapio Wincenty Skrzetuski. Ello concernía a todos los estados: «un esclavo, sea blanco o negro, en un hombre y no difiere en nada de nosotros» — hacía constar Hugo Kołłątaj. Skrzetuski consagró uno de los capítulos de sus *Discursos sobre las principales materias políticas* al estudio concerniente a «los deberes de unas naciones respecto a otras». Allí podemos leer que finalmente habían llegado los tiempos cuando los pueblos civilizados atendieron a la voz de la naturaleza y comprendieron que los ciudadanos de diferentes países son todos hermanos. Se podía desear, continuaba, que la comprensión de las obligaciones recíprocas se viese seguida de su

realización. Así cada pueblo podría transmitir a los demás los logros de su civilización⁹².

Los filósofos o escritores de la Ilustración bien podían expresar su admiración por la ética de los chinos, la bondad innata de algunas tribus indias, el régimen político de los Estados de los incas o de los mayas. No obstante, era bastante general la conciencia de que se trataba de una especie de mascarada, una convención literaria o filosófica que hacía disimular las críticas del sistema político o de la Iglesia con trajes orientales. La élite intelectual de París, Londres o Amsterdam sabía a la perfección que por la boca de los sabios hurones, brahmanes o mandarines hablaban los partidarios de la Ilustración. Sin embargo las patrias de estos personajes exóticos eran objeto de una penetración militar, o al menos económica, el hombre blanco. Turquía ya en el siglo XVIII era considerada como «el hombre enfermo» de Europa, de los Estados de los aztecas o mayas quedaban ya tan sólo ruinas, no había quien contara más seriamente con la China. En la India, por otro lado, crecían las influencias de los Estados europeos, sobre todo del futuro imperio británico. Todo ello no podía despertar en Europa mayor respeto hacia otros continentes, ni deseo verdadero de seguir sus pautas culturales.

No obstante, en los tiempos en que otros países iban agrandando sus posesiones ultramarinas, Polonia sola se convirtió en una presa de los Estados vecinos. La coincidencia en el tiempo de estos dos procesos históricos: el florecimiento del dominio colonial europeo y de la paulatina decadencia de la República hacía que la opinión polaca tuviese ya desde los tiempos de la Ilustración mucha simpatía, compasión y comprensión por aquellos países americanos o asiáticos que habían sufrido una suerte similar a la suya a efecto de los grandes descubrimientos. Muchos de ellos desaparecieron para siempre del mapa en los siglos XVII y XVIII, lo cual debía de sugerir paralelas obligadas, si en 1788 escribió Hugo Kołłątaj que la infeliz Polonia «cual antes América, de la manera más repugnante quedó dividida»⁹³.

El que el «mito americano» desempeñara un cierto papel en la cultura

92. J. Tazbir: *Rzeczpospolita szlachecka* [La República nobiliaria], pp. 193—194.

93. H. Kołłątaj: *Listy Anonima i prawo polityczne narodu polskiego* [Cartas del Anónimo y el derecho político de la Nación polaca], vol. 2 Krakow 1954, p. 203.

de la Ilustración polaca era algo normal en Europa, pues el «buen salvaje» o la «utopía india» eran elogiados en muchos países. La específica consistía en el papel que la lucha de los indios contra el agresor blanco desempeñó en la conformación de la conciencia nacional polaca. La problemática india se convirtió en uno de los trajes con que gustó de disfrazarse el patriotismo polaco, no solamente en el siglo XVIII.

En la Rusia de la segunda mitad de ese siglo, por otro lado, la tan frecuente condena de la crueldad de los conquistadores y la compasión de la difícil situación de los indios en la América española eran parejas, por lo general, a la crítica de los terratenientes rusos y a intervenciones en defensa de sus súbditos. Los partidarios de la suavización del yugo de la servidumbre en muchas ocasiones trazaban imágenes estremecedoras del exterminio de los indios: lo hacía, ante todo, Mijail Lomonosov quien en su poesía *Sobre el vidrio* presentó la historia de la conquista de América, la destrucción de las antiguas civilizaciones de México y el Perú así como el exterminio de los habitantes de aquellas tierras. En un tono parecido se pronunciaban también Alexandr Sumarokov en un poema sobre América (1789) y Alexandr N. Radischchev en su famoso *Viaje de Petersburgo a Moscú* (1790). Iván Krylov, por su parte, escribió la obra teatral *Los americanos* (publicada en 1800), basada en la obra de Voltaire, del mismo título, en que criticaba duramente la conducta de los conquistadores españoles⁹⁴. En Rusia se los comparaba con los caballeros portaespada; en Polonia, como recordarán, se los comparaba con los caballeros teutónicos⁹⁵. En la época de los repartos los polacos no se veían en la necesidad de buscar unas comparaciones tan remotas en el tiempo...

94. Compárese L. S. Sur: *Rossija i Latinskaja Amerika*. Moskva 1964, pp. 26-31.

95. Compárese J. Tazbir: *La connaissance de l'Amérique chez les habitants de la République nobiliaire aux XVI^e - XVIII^e siècles*, «Acta Poloniae Historica», vol. 60, 1989, pp. 30-31.